

rácter del hombre de quien se refieren, cuán duro y terrible era su enojo y cuán fácilmente se incurría en él. Entre los que lo sufrieron había un pitagórico llamado Pitias, que fué sentenciado á muerte, ordinario destino de los que llegaban á inspirarle sospechas.

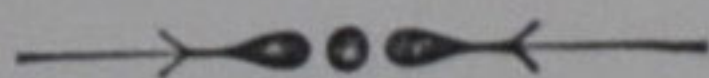
Pitias poseía tierras y relaciones en Grecia y suplicó como favor que se le concediese volver allá, para arreglar sus asuntos, comprometiéndose á volver dentro de un tiempo determinado para sufrir la muerte. El tirano se burló de su petición. Una vez seguro fuera de Sicilia, ¿quién respondía de que volviese? Pitias le replicó que tenía un amigo que saldría fiador de su vuelta; y mientras Dionisio, el miserable que no tenía confianza en nadie, se disponía á mofarse de su simplicidad, otro pitagórico, llamado Damón, se adelantó á ofrecerle que saldría fiador por su amigo, comprometiéndose, si Pitias no volvía, según prometiera, á sufrir la muerte en su lugar.

Atónito Dionisio, consintió en dejar marchar á Pitias, esperando ver en qué pararía el caso. Llegó el tiempo y Pitias no aparecía. Los siracusanos observaban á Damón, mas éste no demostraba inquietud. Decía estar seguro de la lealtad y honor de su amigo, y que si algún accidente retardaba su vuelta, se alegraría de morir para salvar la vida de una persona tan querida.

Hasta el postrer día continuó Damón sereno y contento, aun cuando ya se acercaba la hora final sin que apareciese Pitias. Su confianza era tan completa que ni sentía tener que morir por un amigo desleal, que le había abandonado á una suerte que estaba indefectiblemente destinada á él mismo. No era por voluntad de Pitias, sino á causa de los vientos y las olas, como todavía aseguraba, cuando vino la orden y se aprontaron los instrumentos de muerte. Había llegado el momento de la ejecución, y unos pocos instantes más hubieran acabado con la vida de Damón, cuando se presentó Pitias á tiempo, abrazó á su amigo y se puso en su lugar para sufrir su sentencia, tranquilo, resuelto y satisfecho de haber llegado tan á punto.

Aun la débil esperanza que poseían de una vida futura bastó á estos dos hombres valerosos para que guardasen su palabra y afrontasen la muerte el uno por el otro sin abatirse. Dionisio pareció más asombrado que nunca. Comprendió que ninguno de los dos hombres debía morir. Anuló la sentencia de Pitias y, llamándoles á los dos ante su tribunal, les suplicó que le admitiesen

como tercero en su amistad. Debió, sin embargo, conocer que era una burla pensar que él podía llegar á ser lo que ellos eran mutuamente; él había perdido hasta la facultad de confiar, y constantemente sacrificaba á los demás para asegurar su propia vida, mientras ellos no apreciaban sus vidas en comparación con la lealtad de su palabra y el amor del uno hacia el otro. No es de admirar que Damón y Pitias hayan sido origen de un refrán, por lo que parecerán demasiado conocidos para haber relatado aquí su historia; pero acontece con frecuencia que un nombre que está en todas las bocas, es mencionado por muchos que olvidaron ó no supieron nunca la tradición que va unida á él.



ANECDOTAS

ARÍSTIPO

Dionisio el tirano preguntó al filósofo Arístipo por qué los filósofos infestaban las casas de los ricos y éstos no infestaban las de los pobres. Arístipo contestó:

—Porque los filósofos saben lo que necesitan y los ricos no.

Habiéndosele dirigido la misma pregunta en son de mofa en otra ocasión replicó:

—Sí; y los médicos infestan las casas de los enfermos, pero siempre resulta que el verdadero paciente es el doctor.

Una vez pidió dinero á Dionisio, y éste replicó:

—Creía que los filósofos no tenían necesidad de dinero.

—Da—dijo Arístipo,—y te contestaré.

Dióle Dionisio algunas monedas de oro.

—*Ahora*—prosiguió Arístipo,—ya no tengo necesidad de dinero.

Habiéndole reconvenido por malgastar dinero en manjares costosos, contestó:

—Si pudieses comprar las mismas cosas por una dima, ¿no lo harías?

—Sí—contestó.

—Entonces—dijo,—es que tú eres un tacaño; no que yo sea de paladar delicado.

Durante una tempestad, á bordo de un bajel, se asustó de tal manera, que otro pasajero no pudo menos de decirle:

Oram
Oram

12/6/11

Retó

15/6/11

—Nosotros, los del vulgo, afrontamos serenos el peligro ; vosotros, los filósofos, os mostráis cobardes.

—Es porque arriesgamos algo más que vosotros, cuyas vidas bien poco valen—contestó.

Habiendo tratado, en vano, de obtener el consentimiento de Dionisio en una petición, arrojóse á los pies del tirano consiguiéndolo al fin.

Al reconvenirle por qué se humillaba tan vergonzosamente, replicó :

—La culpa no es mía, sino de Dionisio, que tiene las orejas en los pies.

Preguntóle alguien por qué la gente daba dinero á los mendigos y lo negaba á los filósofos.

—Porque todos creen—replicó,—que es más probable que lleguen á mendigos que no á filósofos.

Decía que tomaba el dinero de sus amigos, no para gastarlo, sino para enseñarles cómo debían emplearlo.

BÍAS

Éste también fué una vez sorprendido por una tempestad á bordo de un buque. Entre sus compañeros había algunos de bastante mala fama que empezaron á implorar el auxilio de los dioses.

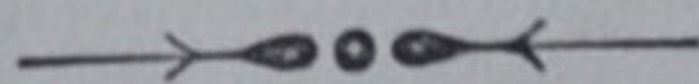
—¡ Tened la lengua !—exclamó Bías,—¡ no les hagáis saber que estáis á bordo !

Decía que prefería ser árbitro de sus enemigos que de sus amigos.

—Porque, de dos amigos, tengo la seguridad de enemistarme con uno, mientras que de dos enemigos, puedo hacerme con un amigo.

Habiéndole enseñado un templo cuyas paredes estaban cuajadas de ex-votos ofrecidos por marineros salvados de algún naufragio después de dirigir fervientes plegarias á los dioses, preguntó :

—Bien ; pero, ¿ en dónde están los ex-votos de los que perecieron abogados después de haber implorado auxilio ?



LOS CÍCLOPES ENAMORADOS

POR TEÓCRITO

TEÓCRITO.—Vivió en el siglo III antes de Cristo.
Nos quedan de él treinta poemas reunidos bajo el título común de *Idilios*; veintidós *Epigramas*; una obrita titulada *Syrinx*, y versos de un poema, *Berenice*. Los idilios son cuadros de la vida común del pueblo de Sicilia; diez de ellos entran decididamente en el género bucólico, en el cual nadie ha superado á Teócrito.

Ningún remedio contra Amor ni unguento
Ni leves polvos hay según noticias,
Sino las Musas: gran medicamento
Que aunque germina en nuestro suelo ¡oh, Nicias!
No es el poder hallar fácil intento.
Y tú, que de las nueve eres delicias,
Y de la ciencia médica las llaves
Tienes al mismo tiempo, bien lo sabes.

Así pasaba plácida la vida
Aquí en Sicilia el cíclope afamado,
Polifemo el de antaño, á la garrida
Galatea siguiendo enamorado.
El bozo aún no cubría la encendida
Mejilla, ni su labio nacarado;
Y no nutrían rosas ni manzanas
Su ciego amor, mas furias inhumanas.

Noda cuidaba ya: del monte al hato
La grey tornaba sin pastor ni guía;
A su bella cantando, el insensato,
Desde el alba en la playa se escocía;—
De Venus le causó tal arrebató
El dardo que en el pecho hondo tenía.
Halló el remedio; así con tosca boca
Mirando al mar, cantaba en alta roca:
¿Por qué, cándida ninfa Galatea
Del que rendido te ama huyes esquiva?
Tu pura tez cual requesón blanquea,
Y más que un ternerillo eres altiva;
Cual uva que inmadura verdeguea
Amarga, y que un cordero más festiva,

Llegas si al dulce sueño cierro el ojo,
Y al despertar, de huir te viene antojo.

Huyes de mí cual tímido cordero
Huye al mirar el espumante lobo.
¡Niña! De tí me enamoré primero
Cuando mi madre y tú, bajo aquel pobo
Jacintos deshojabais: yo el sendero
Al monte os enseñé; y en dulce arrobo
Me tienes hoy, y siempre desde entonces;
Mas tú, lo sé, ¡por Jove!: eres de bronce.

¡Bellísima mujer! Por qué se aleja
De mí tu corazón, mi amor comprende;
Es porque una tan solo, hirsuta ceja
Por mi frente larguísima se extiende,
Que llega de una oreja á la otra oreja,
Y abajo un ojo solitario esplende.
Es porque encima de mi labio asoma
Ancha nariz desagraciada y roma.

Pero tal como soy, pacen millares
De ovejas pingües en el campo mío;
La mejor leche ordeño y bebo á mares,
Y queso no me falta ya en estío,
Ya en medio del otoño lo anhelares
O del extremo invierno en lo más frío;
Y siempre están henchidos mis cestones
De frutas y variadas provisiones.

En pulsar la zampona soy más diestro
Que ningún otro cíclope en contorno,
Y cantándote á ti y el amor nuestro,
¡Mi prenda, mi manzana! al hogar torno
A media noche. Para ti amaestro
Once venadas, de mi grey adorno,
Todas fecundas ya, con cervatillos,
Y de oso cuatro bellos cachorrillos.

Tuyo todo será. Ven y disfruta
De mi riqueza, y deja que las olas
Se estrellen en la playa: tú en mi gruta
Más dulce vivirás conmigo á solas.
Laurel y vides de sabrosa fruta,
Cipreses tengo allí, hiedras y violas;
Y agua fresca me manda el Mongibelo
De nieve derretida, don del cielo.

LOS CICLOPES ENAMORADOS

¿Quién vivir en el mar á tal prefiere?
 De vello aunque me cubre áspero toldo,
 Tengo leña de encina; y nunca muere
 La lumbre de mi hogar bajo el rescoldo.
 Pero sin ti, si tu desdén me hiere
 A que se abraze mi alma yo me amoldo,
 Y aun la única pupila con que veo,
 Prenda la más valiosa que poseo.

¡Triste de mí! ¿Por qué no vine al mundo
 Con aletas de pez? Tu rauda planta
 Siguiéndote besara en lo profundo
 Del piélago furioso que me espanta.
 Diérate lirios blancos sin segundo
 Y la amapola, cuyo rojo encanta:
 Aquéllos en invierno, ésta en verano,
 Que darlos á la par no está en mi mano.

¡Oh, niña! Si arribare cierta nave
 Aquí á nadar me enseñará siquiera
 Un marinero audaz, que el arte sabe.
 En el fondo del mar de esta manera
 Probaré qué placer en vivir cabe.
 ¡Oh, Galatea, sal! y una vez fuera
 Tornar olvida á tu espumosa casa,
 Como sentado aquí, á mí mismo pasa.

Ven á pacer conmigo mi rebaño,
 Y la leche á ordeñar y á hacer el queso.
 Sola mi madre es causa de mi daño
 Que no te habló jamás de mi embeleso,
 Aunque por ti miraba de año en año
 Que me iba consumiendo hasta el exceso.
 Diré que entrambos pies y la cabeza
 Me duelen, y tal vez le dé tristeza.

¡Cíclope, triste cíclope! ¿Tu juicio
 A dónde huyó? Mejor es que recuerdes
 De tejer canastillas el oficio
 Y á tus ovejas cortes ramas verdes.
 Ordeña el animal á tu servicio:
 Tras la cabra del monte ¿á qué te pierdes?
 Hallar es fácil otra Galatea
 Que más hermosa y menos fiera sea.

Mil vírgenes me invitan á la danza,
 Y la noche que accedo al llamamiento

Respiran todas gozo y bienandanza:
¡ Mi grandeza y valer no en vano sientó!—

Fomentaba su amor y su esperanza
Polifemo cantando; y más contento
Pasaba allí la vida placentera
Que si montones de oro poseyera.



EL VAQUERO

IDILIO DE TEÓCRITO

Traducción de Juan Menéndez Valdés.

Vino á la ciudad un pastor tenido entre sus aldeanos por muy hermoso; donde, como viese á una ciudadana, herido de su no vista hermosura, se llegó á ella, queriendo jugar con ella y besarla, al modo de los rústicos; ella, desdeñando su hábito y groseras costumbres, lo arrojó de sí. Quéjase, pues, el desdichado, en este idilio, de su grande afrenta, y de la vanidad y soberbia de la ciudadana, refiriendo, al fin, el ejemplo de varias deidades que amaron á los pastores.

Queriendo yo besarla dulcemente,
Cunica me burló, y me baldonando,
Vete, vete—me dijo;—¿tú me quieres,
Desdichado, besar siendo un vaquero?
Besar no sé yo al modo de los rústicos,
Sino oprimir los labios ciudadanos.
Nunca tú besarás mi hermosa boca
Ni aun en sueños; ¡cuál hablas! ¡qué figura!
¡Cuán rústico que juegas! ¡qué donoso
Razonar! ¡qué palabras tan suaves!
¡Qué linda barba tienes, y qué hermosa
Cabellera! Tus labios son de enfermo,
Tus manos están negras, y aun mal hueles.
Huye al punto de mí, no me contagies.
Esto diciendo, se escupió en el seno
Tres veces, y miróme de contino
De la cabeza hasta los pies, hablando
Allá entre dientes, y con malos ojos
Me miraba, alegrándose en extremo
Con su hermosura; y con la boca henchida
De risa, me mofó con insolencia.
A mí, al punto, exaltóseme la sangre,
Y se encendió, con el dolor, mi cuerpo,

EL VAQUERO

Cual la rosa lo está con el rocío.
 Mas ella, de verdad, fuése y dejóme;
 Y yo aún llevo el enojo dentro el pecho,
 Porque, siendo tan puesto y tan gracioso,
 Una fea ramera me burlase.
 Así, pastores, la verdad decidme:
 ¿No soy hermoso yo? ¿me hizo acaso
 De súbito algún dios otro del que era?
 Porque antes, de verdad, yo florecía
 Con agradable forma, cual del tronco
 Alrededor la yedra, y adornaba
 Mi barba y mis cabellos, como el apio,
 En torno se esparcían de mis sienes;
 Y la mi frente cándida lucía
 Sobre mis negras cejas, y los ojos
 Muy más donosos eran y agraciados
 Que no los de Minerva, y la mi boca
 Más dulce que la leche ya cuajada,
 Y de ella me salía muy más dulce
 La voz que los panales. Pues mi canto
 También es dulce; y con la avena entono,
 Y con caña y con pluma y flauta izquierda;
 Y todas las mujeres en los montes,
 Dicen que soy hermoso, y todas me aman.
 Sólo las ciudadanas no me amaron,
 Pero por ser vaquero me desdeñan;
 Ni jamás oyen que el hermoso Baco
 Una novilla apacentó en las selvas,
 Ni saben que perdida anduvo Venus
 De amores de un vaquero, y en los montes
 Le acompañó de Frigia, y que á su Adonis
 Amó en las selvas, y lloróle en ellas.
 Pues, Endimión, ¿quién fué? ¿no fué un vaquero,
 Al cual, apacentando su ganado,
 No obstante amó la Luna, y con él vino
 Bajando desde el cielo al Monte Lamio,
 Y durmió del zagal en compañía?
 Un vaquero también tú, Rhea, lloras;
 Y tú, Jove, ¿perdido no anduviste
 Por un muchacho, aunque zagal de bueyes?
 Cunica, empero, sola no se digna
 De querer á un vaquero, y más ser quiere
 Que Cibeles, que Venus y la Luna.
 Así en lo venidero ni en el monte,
 Venus, ni en la ciudad, á aquél tu amado
 Quieras; mas sola por la noche duerme.

COLOQUIO SOBRE LA JUSTICIA

POR PLATÓN

PLATÓN.—El gran filósofo griego, nació en Atenas, ó en sus cercanías, el año 429 antes de Cristo, ó sea, el año mismo de la muerte de Pericles. Su nombre fué Aristocles: Platón «ancho», fué un sobrenombre que debió, sin duda, á su figura. Las primeras ocupaciones literarias, fueron poemas, pero habiéndose encontrado con Sócrates á los 20 años, se hizo discípulo suyo, quemó sus ensayos poéticos, y permaneció al lado de su nuevo maestro durante diez, hasta el juicio, sentencia y muerte de Sócrates. Sus «Diálogos» son aún hoy día el cuerpo de pensamiento filosófico más noble que conocemos, y de impecable belleza literaria. Emerson dice: «De Platón procede todo lo que aún se escribe y debate entre los hombres en la esfera del pensar... Platón es la filosofía, y la filosofía es Platón.»

SÓCRATES.—En hablando de este modo, creía yo haberme desembarazado de la disputa; pero al parecer, esto no era aún sino el preludio. Porque Glaucón, que para todo manifestaba siempre mucho esfuerzo, se mostró descontentísimo del apocamiento de Trasimaco, y tomando la palabra me dijo:—¿Queréis por ventura satisfecho, ¡oh, Sócrates! con sola la apariencia de habernos persuadido que la justicia por todos respetos es preferible á la injusticia, ó queréis persuadirnoslo en efecto?—En realidad querría—le dije yo,—si estuviese esto en mi mano.

GLAUCÓN.—No habéis hecho, pues, aún lo que pretendéis. Porque decidme: ¿No os parece que hay cierta especie de bienes que deseamos y buscamos nosotros por sí mismos, sin ocuparnos en sus consecuencias, como la alegría y demás deleites que carecen de toda mezcla de mal, aunque de ellos no nos resulte después otra ventaja que el placer de disfrutarlos?

SÓC.—Sí: me parece que hay bienes de esta naturaleza.

GLAUC.—¿No hay también otros que amamos por sí mismos y por sus consecuencias: el juicio, por ejemplo, la vista y la salud? Porque estos dos motivos igualmente nos inclinan á abrazarlos.

SÓC.—Esto es cierto.

GLAUC.—¿No veis vos otra tercera especie de bienes, en la cual comprendo los ejercicios corporales, los remedios que se to-

man por la salud, el curar los enfermos, y todos los medios honestos de enriquecerse? Estos bienes, diríamos nosotros, son bienes penosos, pero útiles; nosotros no los buscamos por sí mismos, sino por las recompensas y otras ventajas que de ellos nos resultan.

Sóc.—Reconozco esta tercera especie de bienes. ¿Pero adónde vais á parar?

GLAUC.—¿En cuál de estas tres clases colocáis vos la justicia?

Sóc.—En la más hermosa: en la de los bienes que deben ser amados por sí mismos y por sus consecuencias, de los que quieren ser verdaderamente felices.

GLAUC.—No es ésta la opinión común de los hombres, que la colocan entre los bienes que sólo merecen nuestra atención por los premios, honores y gloria que de ellos nos resultan, y que deben huirse por sí mismos como arduos y difíciles.

Sóc.—Sé muy bien que, por lo común, se piensa de este modo; y por eso Trasimaco la desecha con desprecio y hace tantos elogios de la injusticia. Mas yo debo de ser un tonto, siendo de otra opinión.

GLAUC.—Ea, pues: quiero ver si vos seréis de la misma. Oídme, porque me parece que Trasimaco, á manera de sierpe, se rindió demasiado presto á los encantos de vuestros discursos: Para mí aun no se ha hecho una demostración racional de lo uno ni de lo otro. Yo deseo saber cuál es la naturaleza de la justicia, y qué efectos produce una y otra inmediatamente en el alma, prescindiendo de las recompensas y demás consecuencias buenas ó malas que de ellas se siguen: Ved, pues, lo que voy á hacer, si es que merece vuestra aprobación. Tomaré de nuevo el discurso de Trasimaco, y diré en primer lugar qué cosa es la justicia según la opinión común, y de dónde trae su origen. Haré ver en seguida que todos los que la practican no la miran como un bien, sino que se sujetan á ella como á una dura necesidad. Por último, mostraré que tienen razón de obrar así, porque la condición del malo es infinitamente más ventajosa que la del justo, á lo que comúnmente dicen; pues por lo que á mí toca, Sócrates, aun no he tomado partido, porque tengo tan deshechas las orejas de oír discursos semejantes al de Trasimaco, que ya no sé á qué atenerme. Todavía no he oído á nadie que me probase, como querría, que la justicia es mejor que

la injusticia. Quisiera oírla alabar en sí misma y por sí misma, y de vos especialmente es de quien espero este elogio. A este fin voy á extenderme un poco sobre las ventajas de la condición del malo, y en mi modo de hablar os manifestaré la forma que yo querría que adoptaseis en vituperar la injusticia y celebrar la justicia. Ved, pues, si os agradan estas condiciones.

SÓC.—Sobremanaera ; porque ¿de qué otro asunto un hombre sensato podría conversar más á menudo y con más gusto?

GLAUC.—Tenéis mucha razón. Escuchad, pues, cuál sea, según la opinión común, la naturaleza y origen de la justicia, que es lo primero de que ofrecí tratar. El injuriar, dicen que por naturaleza es un bien, y un mal recibir la injuria ; pero que hay mucho más de mal en recibir la injuria, que de bien en hacerla. Por esto, después que los hombres hubieron probado de lo uno y de lo otro, y se hicieron daños entre sí por largo tiempo, los más débiles, no pudiendo evitar los ataques de los más fuertes ni acometerles á su vez, pensaron en decir que era interés de todos el pactar que no se hiciese y no se recibiese ningún daño. De aquí quieren que tomasen principio las leyes y sus convenios, y el llamarse justo y legítimo lo que estaba mandado por la ley, y que el origen y esencia de la justicia sea tal, que ocupe el lugar medio entre el mayor bien que consiste en ser injusto impunemente, y el mayor mal que consiste en no poder vengarse de la injuria recibida. Atuviéronse, pues, á la justicia puesta entre estos dos, no porque ella fuese un bien en sí, sino porque la imposibilidad en que se estaba de dañar á los demás hacía mirarla como tal ; porque el que tiene la fuerza en la mano y es verdaderamente hombre, se guardaría muy bien de hacer semejante pacto, á no estar enteramente loco. Ved aquí, Sócrates, cuál es la naturaleza de la justicia, y la fuente de donde se pretende que tomó su origen. Y para probaros aún mejor que los que abrazan la justicia lo hacen forzados por no estar en estado de hacer daño á otros, hagamos una suposición. Demos al hombre de bien y al malo un poder igual de hacer lo que se les antoje. Sigámosles después los pasos y veamos adónde les conducirá la codicia al uno y al otro. Por cierto no tardaríamos en sorprender al hombre de bien caminando sobre las huellas del malo, arrastrado como él por el deseo de tener más que los otros, deseo cuyo cumplimiento fomenta la misma naturaleza como una cosa en sí buena, pero la ley reprime y reduce por fuerza á la igualdad.

Mas para que el poder que yo les concedo sea el mayor, demosles que sea como el que dicen que tuvo Giges, uno de los progenitores de Lido. Cuéntase, pues, que siendo pastor asalariado del rey de Lidia, hubo una grandísima tempestad de agua con violentos terremotos, que abrieron la tierra é hicieron una hendidura en el paraje mismo donde apacentaba sus ganados. Visto lo cual por Giges y sorprendido, bajó por esta abertura y vió, entre otras maravillas que se refieren, un caballo de bronce hueco, en cuyos ijares tenía unas puertas, abiertas las cuales, descubrió un cadáver, al parecer de una talla más que humana. Este cadáver estaba desnudo; solamente tenía en el dedo un anillo de oro, que tomó Giges y se retiró. En seguida tuvieron los pastores la acostumbrada asamblea mensual para informar al rey del estado de sus rebaños, á la cuál vino también Giges, llevando puesto su anillo. Sentado, pues, entre ellos, volvióse casualmente la piedra de la sortija hacia la palma de la mano, con lo cual quedó invisible á los que con él estaban, en términos que hablaban de él como si estuviese ausente. Admirado de este prodigio, moviendo otra vez el anillo, volvió la piedra hacia la parte de afuera, con cuyo movimiento se hizo de nuevo visible. Advirtiolo él, y con mayor cuidado observó por varias experiencias si el anillo tenía tal virtud. En efecto, descubrió que cuando volvía la piedra hacia dentro se hacía invisible, y visible cuando la volvía hacia fuera. Hecha esta experiencia, procuró inmediatamente que le nombrasen por uno de los dos enviados que debían ir á dar cuenta al rey. Llegado, pues, al palacio y adulterando con la reina, resolvió con su ayuda matar al rey y apoderarse del trono.

Si hubiera, pues, dos anillos como éste, de los cuales poseyese uno el hombre de bien y otro el malo, parece que no había de encontrarse nadie de un carácter tan firme, que perseverara en la justicia y se abstuviera de llegar á los bienes de otro, aunque pudiese impunemente tomar de la plaza pública cuanto tuviese en voluntad, y entrándose en las casas, abusar de toda clase de personas, matar á unos, libertar de las cárceles á otros, y hacer entre los hombres cuanto le diese la gana, con un poder igual al de los dioses. Obrando de este modo, en nada se diferenciaría uno de otro, sino que entrambos á dos seguirían unas pisadas y se dirigirían al mismo objeto; y éste es el mejor testimonio para probar que nadie es justo de grado, sino por fuerza;

como que el serlo no es en sí un bien, puesto que se hace injusto cualquiera en el momento que cree poderlo ser sin temor. Porque todo hombre piensa allá en su interior que la justicia es más provechosa que la injusticia; y con razón, según dicen los que tratan de esto. De suerte que si alguno, habiendo recibido tal poder, no quisiese hacer mal á nadie ni llegar á los bienes de otro, sería mirado por los advertidos como el más infeliz y más insensato de todos los hombres. Mas entretanto cada uno haría en público elogio de su virtud, con designio de engañar á los otros y temiendo recibir injurias si hablaba de otro modo. Esto supuesto, yo no veo sino un medio y ningún otro de pronunciar con seguridad sobre la condición de aquéllos de quienes hablamos, y es el considerar aparte al uno y al otro en el más alto grado de justicia y de injusticia. Para esto no quitemos al malo ninguna parte de la injusticia, ni tampoco parte ninguna de la justicia al hombre de bien, sino supongamos á cada uno perfecto en el género de vida que abrazó. Primeramente, pues, el malo obre como los buenos artífices, por ejemplo, un hábil piloto, ó un gran médico que de un golpe descubre hasta dónde puede llegar su arte, y sobre la marcha toma su partido, acometiendo lo accesible y dejando lo desesperado, y si por desgracia yerra en algo, sabe enderezarlo diestramente. Digo, pues, que el malo dirija sus empresas injustas con tanta sutileza que no sea descubierto, si es que ha de ser completamente malo; pues si fuese sorprendido sería tenido por un necio. Porque el grado sumo de injusticia consiste en parecer hombre de bien sin serlo. Demos, pues, al completamente injusto toda la maldad de que es capaz, sin quitarle nada; antes bien le permitamos que cometiendo los más atroces delitos, sepa adquirirse con todos la reputación de hombre justificado; y si por acaso llega á tropezar, pueda levantarse luego al punto, y sea bastante elocuente para persuadir su inocencia á aquéllos ante quienes fuese delatado, y sea también fuerte, atrevido y bastante poderoso, ora sea por sí mismo, ora por medio de sus amigos para conseguir por la fuerza lo que no pudiese de otro modo.

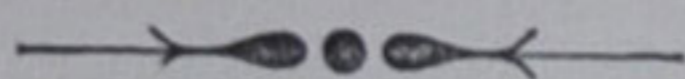
Pongamos ahora junto á éste al hombre de bien cuyo carácter sea la sencillez é ingenuidad, y que, como dice Esquilo, *sea más celoso de ser bueno que de parecerlo*. Quitémosle aun la reputación de hombre honrado; porque si pasa por tal, será col-

mado en consecuencia de honores y de bienes, y no podremos ya juzgar si ama la justicia por sí misma, ó por los bienes y honores que ella le procura. En una palabra : despojémosle de todo, salvo de la justicia ; y para poner entre uno y otro una perfecta oposición, que sea tenido por el peor de los hombres, sin haber cometido jamás la menor injusticia ; de suerte que su virtud sea puesta á las más fuertes pruebas, sin titubear ni por la infamia ni por los malos tratamientos, sino que hasta la muerte camine á paso firme por las sendas de la justicia, pasando toda su vida por un malvado, siendo hombre de bien. Hagamos esto, para que á vista de estos dos modelos, uno de justicia, otro de injusticia consumada, podamos conocer cuál de los dos es más feliz.

Sóc.—¡ Oh, amigo Glaucón ! ¡ con qué exactitud y con qué rigor despojáis á entrambos, como si fueran estatuas, de todo lo que es extraño al juicio que debemos hacer !

GLAUC.—Pongo la mayor que puedo. Siendo, pues, tales cuales acabo de decir, no es difícil, á lo que me parece, juzgar de la suerte que les espera al uno y al otro. Digámoslo con todo, y si lo que voy á decir os parece demasiado fuerte, acordaos, Sócrates, que no hablo de mi cabeza, sino en nombre de los que prefieren la injusticia á la justicia. Dirán, pues, que el justo, tal como le hemos pintado, será azotado, atormentado, aherrojado, y se le quemarán los ojos ; y en fin, después de haberle hecho sufrir todos los males, se le pondrá en cruz, y por este medio se le hará conocer que no se debe ocupar de ser justo, sino de parecerlo. Pero el verso de Esquilo con más razón dirán que debe aplicarse al malo, porque no arreglando su conducta por la opinión de los hombres, como que se ocupa en cosa sólida, real y verdadera, no quiere parecer malo, sino serlo en efecto, concibiendo su profundo y fecundo ingenio y pariendo felizmente los más brillantes proyectos. Por de contado, con la reputación de hombre justo se alza con todo el mando en la ciudad ; se casa donde quiere, establece sus hijos con quienes le da la gana, y entabla todas las conexiones que tiene gusto ; y sobre esto, saca provecho de todo, por no tener el menor reparo en injuriar. En todo cuanto se empeña, ahora sea en público, ahora en particular, queda superior y logra ventaja sobre todos sus concurrentes, y de aquí resulta el enriquecerse, hacer bien á los amigos y daño á los enemigos, ofrecer á los dioses muchos sacrificios y dones magníficos, y conciliarse la benevolencia de los dioses y

de los hombres mucho más fácil y seguramente que el justo : de donde puede concluirse con verosimilitud que es también más amado de los dioses que el justo mismo. Con este fundamento, Sócrates, pretenden ellos que su condición es más dichosa que la del justo, de cualquier lado que se la mire, así respecto de los dioses, como de los hombres.



DEFINICIONES

POR PLATÓN

La eternidad es lo que existe en todos los tiempos ; lo que existió y subsistirá.

Dios es un ser inmortal que se basta á sí mismo para ser feliz, esencia eterna y causa de la naturaleza del bien.

El nacimiento es el movimiento hacia la existencia ; el acto de adquirir la existencia ; el paso al ser.

El sol es un fuego celeste, visible sólo desde que sale hasta que se pone ; es el astro del día, ser inmortal y animado, el mayor de los cuerpos celestes.

El tiempo es el movimiento del sol y la medida de su curso.

El día es el curso del sol de Oriente al ocaso ; es la luz en oposición á la noche.

La aurora es el principio del día ; la primera luz emanada del sol.

El mediodía es el momento en que las sombras de los cuerpos tienen menos extensión.

La tarde es el fin del día.

La noche es la obscuridad en oposición al día ; la ausencia del sol.

La fortuna es la marcha de lo cierto á lo incierto y la causa fortuita de un suceso inesperado.

La vejez es la declinación de la vida motivada por el tiempo.

El viento es el movimiento del aire alrededor de la tierra.

El aire es un elemento cuya naturaleza consiste en difundirse por todas partes en el espacio.

El cielo es un cuerpo que envuelve cuanto existe, excepto el aire que le rebasa.

El alma es lo que se mueve por sí, y la causa del movimiento vital de los seres vivientes.

Una fuerza es lo que obra por sí mismo.

La vista es un sentido por medio del cual advertimos los cuerpos.

El hueso es la médula solidificada por el calor.

El elemento es lo que compone y descompone los seres compuestos.

La virtud es el mejor de los estados ; una condición de un ser mortal digna de elogio por sí misma ; una disposición que hace llamar «bueno» al que la posee ; una justa é igual observación de las leyes, conjunto de cualidades que da á quien lo goza preciosa reputación ; costumbre práctica de la equidad.

La prudencia es una fuerza capaz de dar por sí misma al hombre la felicidad, la ciencia del bien y del mal ; el arte de discernir lo que se debe y lo que no se debe hacer.

La justicia es el acuerdo del alma consigo misma ; la armonía de las diversas partes del alma unas con otras y todas entre sí ; la costumbre de la justicia distributiva, de dirigirse siempre á lo que se cree ser justo, de someter la conducta á la ley ; el hábito de la igualdad común y de la sumisión al régimen de buenas leyes.

La templanza es la moderación del alma en los deseos y placeres á que la naturaleza la sujeta ; la armonía y la buena disposición del alma en los placeres y las penas que son propios de su naturaleza ; el temperamento del alma entre la servidumbre y la dominación ; la libre determinación conforme á la naturaleza ; el estado del alma bien regulado ; el comercio del alma con el bien y el mal ; la costumbre de discernir y ejecutar sus deberes.

El valor es la cualidad de un alma que no la conmueve el miedo ; la audacia en los combates ; la ciencia de la guerra ; la fuerza de ánimo ante objetos terribles y espantosos ; la intrepidez sometida á la prudencia ; la firmeza en la proximidad de la muerte ; la costumbre de conservar la sangre fría ante el riesgo ; una fuerza que resiste al peligro, que lucha por la virtud ; la tranquilidad del alma ante las cosas que espantan, pero que á los ojos de la razón aparecen sin riesgo ; la emancipación de las preocupaciones sin fundamento sobre lo que es peligroso ; la experiencia de la guerra ; la costumbre de someterse á la ley.

El imperio sobre sí mismo es la fortaleza para sufrir la pena ; la constancia en conformarse á la recta razón ; la firmeza invencible en seguir la recta razón.

Contentarse con poco es el medio más seguro de ser rico y dueño de sí mismo.

La delicadeza consiste en sacrificar un poco el propio interés y derecho ; es la moderación en los negocios, el estado de un alma razonable y justa respecto al bien y al mal.

La constancia es el desprecio del infortunio y la fuerza de sufrirlo cuando llega.

La serenidad del alma consiste en sobrellevar las penas sin dejarse abatir.

El amor al trabajo consiste en realizar lo que se emprende ; la constancia de la voluntad ; la asiduidad en el trabajo.

La moderación consiste en abstenerse voluntaria y oportunamente de la temeridad en vista del bien ; es la persecución voluntaria del bien, el temor de justas censuras.

La libertad consiste en ser dueño de su vida ; depender de sí mismo en todas circunstancias ; no someter las acciones sino á la propia voluntad, ni dejarse dominar por el uso y adquisición de las riquezas.

La liberalidad del alma es la disposición á enriquecerse con mesura ; consiste en adquirir y aumentar las riquezas con moderación.

La dulzura es el hábito de moderar los movimientos de la cólera ; la igualdad de temperamento de un alma que se domina.

El sentimiento del orden es la sumisión voluntaria á lo que se reconoce ser bueno ; la disciplina de los movimientos del cuerpo.

La felicidad es el bien que resulta del conjunto de todos los demás bienes ; lo que nos proporciona una vida dichosa ; la perfección en la virtud ; el bien de un ser que se basta á sí mismo.

La dignidad es una majestad que resulta de un entendimiento recto y serio.

La sagacidad es una dote feliz del alma que le permite distinguir en cada circunstancia lo que conviene hacer ; es la penetración del espíritu.

La conveniencia es la mezcla de la franqueza y de la prudencia ; es la regularidad de las costumbres.

La belleza del alma es el instinto que nos lleva hacia todo lo que es bueno.

La grandeza de alma es la manera noble y distinguida de portarse en todas circunstancias; es la dignidad guiada por la razón.

La filantropía es un rasgo de carácter que nos inclina á complacernos con el amor de nuestros semejantes; la costumbre de hacer el bien á los hombres; una disposición natural á favorecer; la memoria de los beneficios.

La piedad es la justicia respecto á los dioses; el homenaje voluntario que les tributamos; el sentimiento y la noción de los honores que les corresponden.

El bien es lo que no se relaciona sino consigo mismo.

La intrepidez es una fuerza que nos hace inaccesibles al miedo.

La insensibilidad es el don de no ser excitado por las pasiones.

La paz es el descanso del odio de los enemigos.

La pereza es la flojedad del alma, el entorpecimiento de su parte irascible.

La habilidad es el talento de ver con exactitud el fin de cada cosa.

La amistad es una comunidad de pensamiento acerca de lo bueno y de lo justo; el propósito de llevar igual vida; la unidad en los deseos y en la conducta; la resolución común de amarse durante la vida; la participación en la felicidad y en la desgracia.

La nobleza reside en la dignidad de las costumbres y en el hábito de conformar las palabras con las acciones.

La elección es el resultado de un buen examen.

El cariño es una elección; la simpatía que á un hombre inspira otro.

El parentesco es la comunidad de origen.

La concordia es la común participación en todas las cosas, la armonía de pensamientos y proyectos.

El amor es una prueba absoluta de afecto.

La política es la ciencia de lo bueno y de lo útil; el arte de establecer la justicia en el Estado.

La amistad es un lazo que establece la costumbre entre personas de la misma edad.

La sabiduría en los consejos es el don natural de razonar con exactitud.

La fe es la persuasión fundada de que las cosas son como nos lo parecen ; es una gran firmeza de carácter.

La verdad existe en la afirmación y en la negación ; es el conocimiento de lo que es cierto.

La voluntad es una inclinación del alma hacia un fin razonable ; un deseo razonable ; un deseo conforme á la razón y á la naturaleza.

Un consejo es dictamen dado á otro antes de la acción, para indicarle la conducta que debe seguir.

La oportunidad es el instante preciso en que se debe recibir ó hacer alguna cosa.

La circunspección es lo que preserva del mal ; el cuidado de nuestra seguridad.

El orden es la armonía de funciones entre cosas que se relacionan ; la proporción en el conjunto ; la razón de las relaciones de los seres ; el método para aprender.

La atención es la aplicación del espíritu que quiere instruirse.

Una feliz disposición natural es la facilidad para enterarse de una cualidad que al nacer recibimos de la naturaleza ; un mérito natural.

La aptitud es una feliz disposición del alma para aprender rápidamente.

Una sentencia es una decisión definitiva sobre cosa controvertida.

La ley es la determinación de lo justo y de lo injusto.

La equidad es la obediencia á las buenas leyes.

La satisfacción de sí mismo es el placer que acompaña á todas las acciones del sabio.

La consideración es la recompensa del bien que hace la virtud ; es la estimación que la virtud lleva consigo ; el atavío y la defensa de los hombres de bien.

La beneficencia es voluntad de ser servicial ; una disposición á hacer el bien y á prestar servicios en ocasiones oportunas.

La concordia es la comunidad de sentimientos entre gobernantes y gobernados sobre los principios del mando y de la obediencia.

La ciudad es una reunión suficiente de hombres que se unen para procurarse la dicha ; una comunidad de hombres sometidos á las mismas leyes.

La previsión es la virtud de estar preparado á los acontecimientos futuros.

La deliberación es el examen de las ventajas que los acontecimientos nos reservan.

La victoria es la fuerza que triunfa en el combate.

El éxito en un debate procede del seguro golpe de vista con que se domina una cuestión.

Los regalos son alivio del agradecimiento.

La ocasión es el momento preciso para el éxito ; el instante de que depende alguna dicha para nosotros.

La memoria es una facultad del alma que le permite conservar las verdades aprendidas.

La reflexión es el ejercicio de la inteligencia.

El pensamiento es el principio de la ciencia.

La piedad consiste en evitar la ofensa á los dioses y en tributarles el culto y los honores que les son debidos.

La adivinación es una ciencia que prevé sin demostración lo que ha de suceder.

La ciencia de los adivinos es el conocimiento de lo presente y de lo porvenir para los seres mortales.

La sabiduría no es una ciencia hipotética ; es la ciencia de lo eterno ; la explicación de la causa de los seres.

La filosofía es la investigación de la ciencia de lo que es eterno ; la ciencia de la naturaleza y de los caracteres de la verdad ; la dirección del alma según las leyes de la razón.

La ciencia es una afirmación del espíritu conforme á la razón ; el arte de juzgar sobre una ó muchas materias sin apartarse de las leyes de la razón ; una doctrina verdadera y fundada en los principios de la razón.

La opinión es una hipótesis que puede ser destruída por la razón ; un movimiento precipitado de la inteligencia ; un pensamiento respecto del cual la razón demuestra lo verdadero y lo falso.

La sensación es un movimiento del alma, una acción del espíritu ; un mensaje del alma humana al mundo exterior ; lo que le da la facultad irracional de conocer por medio de los órganos corporales.

El carácter es la disposición del alma que permite decir de qué modo somos.

La voz es un sonido que sale de nuestra boca para expresar nuestro pensamiento.

La palabra es el empleo de las modificaciones de la voz para expresar todo lo que existe ; un lenguaje compuesto de nombres y frases sin ritmo.

El nombre es una parte simple del discurso que designa todo aquello á que se puede atribuir existencia, excepto la existencia absoluta.

El lenguaje es la voz articulada ; signo de que todo el mundo se vale para expresar sus ideas, sin cantar.

Una sílaba es una articulación distinta de la voz humana.

La definición es una explicación que contiene el género y la diferencia.

La prueba es la demostración razonada de una cosa que no es evidente.

La demostración es una manifestación de la verdad por el razonamiento ; un razonamiento que procede con ayuda de verdades ya conocidas.

El elemento del sonido es el sonido simple ; lo que permite que los otros sonidos sean sonidos.

Lo útil es la causa del bienestar ; la causa del bien.

Lo ventajoso es lo que nos procura el bien.

Lo bello es el bien.

El bien es la causa de la conservación de las cosas ; la causa de todo lo que conviene ; la causa por la cual se deben preferir ciertas cosas.

La sabiduría consiste en arreglar la propia alma.

La cosa voluntaria es la que sólo de nosotros depende ; lo que nosotros mismos escogemos y realizamos, según nuestra voluntad.

La libertad es lo que tiene en sí su principio.

La medida es el término medio entre lo mucho y lo muy poco ; lo que exactamente basta. Lo moderado es el término medio entre el exceso y el defecto.

El precio de la virtud es recompensa que se debe buscar en ella misma.

La inmortalidad es una existencia animada que subsiste eternamente.

La virtud es el culto más agradable á Dios.

La fiesta es un día santo que la ley designa.

El hombre es un animal sin alas, con dos pies y uñas planas ; es el único animal que puede adquirir una ciencia fundada en la razón.

Un sacrificio es la ofrenda de una víctima á Dios.

La oración es una demanda que los hombres dirigen á los dioses para obtener bienes ó lo que creen que son bienes.

El rey es el que gobierna conforme á las leyes ; que no tiene que dar cuenta alguna de su conducta ; que preside la organización política.

El mando es la vigilancia sobre todo.

El magistrado es el que vela por el mantenimiento de la ley.

El legislador es quien hace las leyes que deben regir el Estado.

La ley es la voluntad del pueblo pronunciada por tiempo indefinido sobre los negocios del Estado.

La hipótesis es un principio no demostrado ; lo que debe probar el razonamiento.

Un decreto es un juicio político cuya fuerza obligatoria esta limitada á tiempo determinado.

El hombre político es el que conoce la organización del Estado.

El Estado es el territorio ocupado por gran número de hombres que profesan las mismas ideas ; una reunión de hombres sometidos á las mismas leyes.

El mérito de un Estado consiste en el establecimiento de una buena organización política.

El arte militar es el conocimiento de la guerra.

Una alianza militar es una asociación para la guerra.

La salud consiste en mantenerse sano y salvo.

El tirano es quien manda en el Estado según su capricho.

El sofista es quien anda á caza de jóvenes ricos y distinguidos para obtener algún provecho.

La riqueza consiste en poseer bastante para ser feliz ; es la abundancia de cuanto proporciona la felicidad.

El depósito es la cosa que confiadamente se nos entrega.

Purificar es separar lo bueno de lo malo.

Ser vencedor es triunfar en la lucha.

El hombre virtuoso es el que tiene energía para cumplir sus deberes.

Es hombre templado el que modera sus deseos.

Es hombre fuerte el que sabe vencer los movimientos de su alma contrarios á la razón.

El hombre de bien es el hombre perfecto ; el que está seguro de su virtud.

La meditación es la reflexión trabajosa y en silencio.

La torpeza del espíritu es lo que nos impide hacer rápidos progresos en las ciencias.

El poder absoluto es un poder justo, pero emancipado de toda investigación.

La antifilosofía es una disposición de ánimo que induce á odiar la recta razón.

El miedo es la consternación del alma que espera un mal.

La ira es un movimiento violento é irreflexivo del alma ; la manifestación de un alma desordenada.

El terror es el miedo de un mal inminente.

La adulación es un lenguaje que se dirige á agradar sin cuidarse del bien ; es una inclinación excesiva á hablar á los demás para agradarles.

La cólera es un movimiento desordenado del alma que aspira á vengarse.

El insulto es una injusticia cometida con el propósito de deshonrar á quien lo sufre.

La intemperancia es una costumbre que nos arrastra, con desprecio de la razón, hacia lo que estimamos placentero.

El temor es el principio opuesto al impulso del valor.

La calumnia es un dicho que divide á los amigos.

La ocasión es el momento favorable para hacer ó recibir alguna cosa.

La injusticia es el desprecio de las leyes.

La necesidad es la falta de bienes.

La vergüenza es el temor de la deshonra.

La presunción consiste en atribuirse falsamente una ó muchas cualidades ventajosas.

Una falta es una acción contra la sana razón.

La envidia es el pesar que sentimos por los bienes que poseen nuestros amigos, ó las ventajas que la fortuna les proporciona.

Es impudente el hombre que sufre el desprecio con tal de hacer su negocio.

La temeridad es la exageración del valor desafiando inútilmente los peligros.

La ostentación es el hábito de gastar sin juicio la propia fortuna.

El mal instinto es un mal de nacimiento, una falta de la naturaleza, una enfermedad natural.

La esperanza es la espera de un bien.

La locura es un estado que nos impide descubrir la verdad.

La charlatanería es un desbordamiento insensato de palabras.

La oposición es la mayor separación entre objetos del mismo género y, sin embargo, diferentes.

Es involuntario lo que uno hace á pesar suyo.

La educación es la cultura del alma.

El arte del maestro es el de dar educación.

La ciencia legislativa consiste en arreglar bien el Estado en todas sus partes.

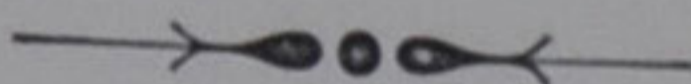
La reprensión es una advertencia dictada por el buen sentido; un discurso para impedir la ejecución de faltas.

El socorro es la acción de oponerse á un mal presente ó inminente.

El castigo es el remedio del alma cuando comete faltas.

La fuerza es la energía en los actos ó en los discursos; una cualidad que hace vencer las dificultades; un poder natural.

Salvar á alguno es librarle de su perdición.



DE UNA ODA A LA ROSA

POR SAFO

Floridos prados: si los altos dioses
 Os dieran una reina, escogerían
 Entre las lindas flores á la rosa,
 Esa rosa de Venus que prodiga
 Sus favores. La rosa es la mirada
 De los campos; amor es y delicia
 De nuestros verdes valles; los colores
 Que son más vivos en sus hojas brillan,
 Y el aliento purísimo embalsama
 Del céfiro que dulce se desliza.

PLATÓN Y BACON

POR LORD MACAULAY

TOMÁS BARINGTON MACAULAY.—Historiador inglés y autor de ensayos; nació el 25 de octubre de 1800; sus padres fueron un conocido filántropo y una dama cuáquera; murió en Londres el 28 de diciembre de 1859. Recibió su educación en el colegio de la Trinidad, de Cambridge, y estudió leyes, pero se sintió inclinado al periodismo y á la política; adquirió celebridad con sus ensayos históricos; fué un caluroso defensor de la reforma parlamentaria, siendo elegido miembro del Parlamento en 1830. En 1834 formó parte del Consejo Supremo legislativo de la India, residiendo en dicho país hasta 1838 y formando el plan sobre el cual se había de basar el actual Código Penal Indio. Fué secretario del ministerio de la guerra en 1839. Los dos primeros volúmenes de su «Historia de Inglaterra» aparecieron en diciembre de 1848. Su fama se afianza más aún con sus ensayos históricos, con sus discursos insuperables y con sus «Fundamentos de la antigua Roma».

Nada tan eficaz, en nuestro concepto, para demostrar la diferencia entre la filosofía de Bacón y la de sus predecesores, como la comparación de sus ideas en ciertos puntos importantes con las de Platón; y damos á éste la preferencia convencidos de que contribuyó cual ninguno á señalar á los pensadores el rumbo que debían seguir hasta que les imprimió nuevo impulso en dirección diametralmente contraria el filósofo inglés.

Y, en efecto, digno es de observar cómo apreciaban de diverso modo, varones tan eminentes, la importancia de los ramos de la ciencia, por ejemplo, la aritmética. Porque después de reconocer de pasada, y acaso con ligereza, la ventaja de poder contar y calcular en las transacciones usuales y corrientes de la vida, trata Platón de aquello que constituye á su parecer la más importante utilidad de los números, diciendo que el estudio de sus propiedades familiariza el espíritu con la contemplación de la verdad pura, y lo eleva positivamente sobre el nivel del mundo material; pero no lo recomienda el sabio á sus discípulos para fines comerciales, sino para enseñarlos á distraer el ánimo del espectáculo mudable siempre del mundo material, fijándolo en la esencia inmutable de las cosas.

Bacón, por el contrario, tanto más apreciaba esta rama de la ciencia, cuanto era más grande la utilidad que reportaba al

mundo material tan despreciado de Platón ; y hablando desdeñosamente de la aritmética mística de los últimos platónicos, deplora la predisposición de los hombres á emplear en asuntos de mera curiosidad facultades que deberían aplicarse á cuestiones útiles y prácticas, y encarece á los aritméticos que abandonen tales naderías y trabajen para combinar expresiones cómodas que puedan aplicarse provechosamente á las investigaciones físicas.

Las mismas razones que obligaban á Platón á recomendar el estudio de la aritmética, influían su ánimo en favor del de las matemáticas. Y si la muchedumbre de los geómetras no lo comprendía, era, según él, porque sólo se preocupaba de lo práctico, ignorando que los verdaderos fines de la ciencia no son otros sino elevar los hombres al conocimiento de la verdad abstracta, esencial y eterna. A dar crédito á Plutarco, Platón extremaba de tal modo sus convicciones en la materia, y hallaba tan degradante para la geometría verla empleada en fines de vulgar utilidad, que habiendo inventado Arquitas, con el auxilio de las matemáticas, ciertas máquinas de fuerza extraordinaria, el filósofo le manifestó su desagrado, diciéndole que rebajaba un nobilísimo ejercicio intelectual empleándolo en aquello, y asimilándolo por tal modo á los oficios más viles ; que no debía servir á las necesidades materiales de la humanidad la geometría, concluía Platón, sino á disciplinar el espíritu ; prevaleciendo tanto estas ideas, que, al decir de Plutarco, se reputó por indigna de filósofos la ciencia de la mecánica.

Más tarde, Arquímedes imitó y aventajó á Arquitas ; y como tampoco Arquímedes pudo emanciparse de las ideas generalmente admitidas á la sazón, no sin grandísimo esfuerzo descendió á las veces del ideal teórico á la práctica, y no sin avergonzarse casi de sus propias invenciones, tan admiradas entonces de los pueblos enemigos, hablaba de ellas siempre con desdén, como de cosa baladí que podía tomarse por diversión y esparcimiento del ánimo, cuando el matemático había consagrado la suma de su ciencia y de su estudio á sus fines más principales y elevados.

En esto diferían esencialmente las ideas de Bacón de las profesadas por los filósofos antiguos, pues tanto más le agradaba la geometría, cuanto era más aplicable al objeto que tanto despreciaba Platón, mereciendo consignarse que fueron arraigándose y subiendo de punto estas convicciones en el ánimo de Bacón á

medida que avanzaba en años. Pues si cuando en 1605 escribió sus dos libros acerca del *Progreso de la ciencia*, insistiendo mucho en orden á las ventajas que reporta la humanidad de las matemáticas mixtas, reconoció, al propio tiempo, que los saludables efectos producidos sobre la inteligencia por el estudio de las matemáticas, aunque sólo fueran ventajas colaterales, «no eran menos importantes y dignos de ser tenidos en cuenta que sus fines principales y propios.» Veinte años después, al publicar el *De Augmentibus*, que no es otra cosa sino el tratado sobre los *Progresos de la ciencia*, muy corregido y aumentado, como quiera que sus ideas se hubieran reformado ya para entonces de manera sensible, hizo cambios de la mayor importancia en la parte referente á las matemáticas, censurando en términos duros las exageradas pretensiones de los matemáticos, «delicias et fastum mathematicorum ;» y, considerando el bienestar de la humanidad como fin de la ciencia, dijo que la matemática no podía tener derecho á mayores prerrogativas que á las de auxiliar ó dependiente de las otras ciencias. «La ciencia matemática es »sierva de la filosofía natural—expuso ;—fuerza es que permanezca en su lugar correspondiente, y no alcanzo—añadió,— »por qué tuvo la osadía de pretender colocarse más alta que su señora.» Predijo, y su predicción hubiera hecho estremecer á Platón, que cuantos más descubrimientos se hicieran en las ciencias físicas, más ramas existirían de matemáticas mixtas, y no escribió una sola palabra respecto de las ventajas colaterales cuya importancia le parecía tan grande veinte años antes ; omisión que no puede atribuirse á olvido, porque tenía el anterior tratado delante de los ojos al escribir el nuevo, y suprimió de su propio movimiento cuanto contenía favorable al estudio de las matemáticas puras, reemplazándolo con mordaces sarcasmos en contra de los sectarios apasionados de su estudio.

A nuestro parecer, esta conducta de Bacon se explica sólo recordando que, con el transcurso del tiempo, se aficionó, acaso de una manera exagerada, el filósofo, á las investigaciones que tienden directamente á mejorar la condición de la humanidad, menospreciando, acaso de igual modo también, las que no dan ningún resultado práctico, y que temía valerse de palabras eficaces á inducir á los hombres ilustrados á emplear en pensamientos únicamente útiles al espíritu del pensador uno solo de los instantes que habría podido utilizar extendiendo los límites

del imperio humano sobre la materia. Si Bacón incurrió en error al proceder así, debemos declarar el suyo, en nuestro concepto, preferible al contrario de Platón, pues una filosofía que pone tanto empeño en ser estéril para no caer en vulgaridad, así es absurda como la conducta de las matronas romanas que, para no perder la esbeltez del talle, tomaban abortivos.

Pasemos á la astronomía, ciencia cuyo estudio recomendaba Platón á sus discípulos por razones muy diferentes de las admitidas entonces. «¿Clasificaremos la astronomía—dijo Sócrates,—entre los asuntos dignos de estudio?—Tal pienso—le contestó su amigo, el joven Glauco,—pues el conocimiento de las estaciones, de los meses y de los años, así es útil para la guerra, como para la agricultura y la navegación.—Cáusame risa ciertamente,—replicó Sócrates,—veros tan temeroso de que os acusen algún día de recomendar estudios inútiles.» Y luego se puso á explicarle con palabras tan sublimes que, al decir de Cicerón, Júpiter mismo no las habría tenido mejores si hubiese hablado el griego, cómo la astronomía es ajena de todo punto al acrecentamiento del bienestar ordinario de la vida, y eficaz sólo como auxiliar del alma para contribuir á elevarla á la contemplación de aquellas cosas que sólo el espíritu puro puede concebir. Sócrates considera de poca importancia el conocimiento exacto de los cuerpos celestes y de sus evoluciones; y los aspectos que presenta el cielo durante la noche y le prestan hermosura no son, á su parecer, sino, á manera de figuras geométricas trazadas en la arena, meros ejemplos y puntos de apoyo para los espíritus débiles, siendo necesario ir más lejos, y abandonarlos por tanto, hasta llegar al punto de una astronomía tan independiente de las estrellas visibles como lo es la verdad geométrica de las líneas de una figura mal trazada. Esta es, con muy corta diferencia, la astronomía que Bacón comparaba con el toro de Prometeo, de piel reluciente y proporciones correctas, pero relleno de paja; muy agradable á la vista, mas sin substancia ninguna nutritiva. Y se quejaba de que la astronomía hubiera sido separada de la filosofía natural, una de cuyas ramas principales era, para caer bajo el dominio de las matemáticas; «porque—decía,—el mundo ha menester de otra diferente astronomía, de la *astronomía viva*, »de una astronomía que dé á conocer la naturaleza, influencia »y movimiento de los cuerpos celestes, tales cuales son en »realidad.»

Platón no daba mucha importancia tampoco á la más útil y hermosa de las invenciones humanas, cual es la del alfabeto, persuadido como lo estaba probablemente, de que la práctica de las letras ejercía en el espíritu la misma influencia que las andaderas ó el corcho en el cuerpo cuando aprendemos á echar el paso ó á nadar, pues, según él, así las andaderas como el corcho acaban por ser indispensables á los que usan de una ú otra cosa, y ambas son ocasionadas á inutilizar primero los esfuerzos más vigorosos, haciéndolos imposibles luego. Creía que las facultades del humano espíritu se habrían desarrollado mucho mejor sin este apoyo ilusorio, porque, faltándoles, habrían tenido que ejercitar la inteligencia y la memoria, y apoderarse por completo de la verdad á fuerza de meditar profunda y asiduamente. No así cuando se trasmite al papel mucha ciencia, pues entonces se atesora poca en la memoria. «Ni tampoco es posible otra cosa—prosigue Platón;—porque como los hombres se hallan ciertos de hallar en un instante cuantas noticias y datos necesitan, no se preocupan de retener nada, siendo injusto por esta causa decir ahora que saben más ó menos, pues las apariencias demuestran lo que desmiente la realidad.» Estas opiniones las puso Platón en boca de un rey de Egipto; pero es evidente que asimismo eran las suyas personales, como lo entiende también Quintiliano, por hallarse perfectamente relacionadas con todo su sistema filosófico.

Las miras de Bacon eran muy diferentes, como puede suponerse, pues dice que las facultades de la memoria no son eficaces al progreso de las ciencias útiles sin el auxilio de la escritura; y si bien reconoce que la memoria suele alcanzar desarrollo tan extraordinario que realiza verdaderos prodigios, les da muy poca importancia, siendo tales las tendencias de su espíritu, que no se halla dispuesto en modo alguno á entusiasmarse por los grandes ingenios cuando no son prácticamente útiles á la humanidad; y en cuanto á los esfuerzos prodigiosos de la memoria, los considera de igual modo que los equilibrios de los volatines ó los escamoteos de los prestidigitadores; como que «son—dice,—operaciones de igual naturaleza: la una, patente abuso de las fuerzas intelectuales, y la otra, de las físicas; y si ambas pueden causarnos sorpresa y asombro, ninguna tendrá jamás derecho á la menor muestra de respeto.»

Platón consideraba la medicina como ciencia de muy dudo-

sa importancia, y si no hizo ninguna objeción al uso de remedios enérgicos para curar las enfermedades agudas ó los males causados por accidentes, siempre mostró la mayor indiferencia respecto del arte que resiste y lucha con el lento estrago de las dolencias crónicas, que restituye la salud á los cuerpos achacosos, y que prolonga la existencia cuando ya el espíritu parece hallarse á punto de abandonar la materia ; que la vida disputada por tal modo á la destrucción con los esfuerzos científicos, no le parecía sino muerte. «Bien está—decía,—que se tolere el ejercicio de la medicina para que, merced á ella, puedan curarse las indisposiciones pasajeras de los hombres bien constituidos ; mas en cuanto á los que no se hallan en este caso, lo mejor será dejarlos morir sin remedio ; porque son inútiles é impropios, así para la guerra y para la magistratura, como para el gobierno de sus asuntos particulares y domésticos ; para las investigaciones científicas, como para los estudios profundos y asiduos, pues cuando tratan de aplicarse á cualquier ejercicio intelectual un tanto fuerte, no pueden, y acusan entonces á la filosofía, en vez de culpar de todo á la propia debilidad ; razón por la cual lo más cuerdo en ellos será morir.» A mayor abundamiento y para mejor persuadir, cita Platón en apoyo de su doctrina, ciertas autoridades mitológicas, y hace presente á sus discípulos que, según Homero, los hijos de Esculapio no curaban nunca sino dolencias externas.

En todo era diferente de ésta la filosofía de Bacón, pues, entre las ciencias, la que más le importaba era la que, al decir de Platón, no podía tolerarse nunca en los Estados bien regidos. Y como no entraba en las miras de Bacón tornar perfectos á los hombres, sino hacer más llevadera y agradable la vida de los hombres imperfectos, la benéfica influencia de su filosofía era semejante á la de nuestro Padre celestial, que así da sol y lluvia á los buenos como á los malos ; y así, mientras creía Platón que había sido hecho el hombre para la filosofía, creía Bacón, á su vez, que la filosofía se había hecho para el hombre, y hecho para llegar á un fin determinado, el cual era disminuir en la medida de lo posible los sufrimientos de millones de individuos que ni son ni pueden ser filósofos, y aumentar la suma de sus goces. La escuela inglesa de filosofía era sobrado humana para conceder que debiera tratarse como á *caput lupinum* al pobre valetudinario que se complace y se recrea tomando el sol en su sitio los días

serenos del invierno, y comiendo tranquilo y metódico á sus horas, y oyendo leer los cuentos de la reina de Navarra, por más que le duela en seguida la cabeza si recorre una página del *Timeo*; y por lo que hace á Bacón, no habría creído nunca impropio de filósofos inventar sitios perfeccionados, descubrir el modo de hacer menos desagradables las medicinas al enfermo, procurarle alimentos sabrosos y sanos, y almohadas y cojines en que descansara su cuerpo dolorido, y todo esto sin abrigar la más remota esperanza de que pudiera nunca el espíritu del inválido elevarse á la contemplación ideal de lo bueno y de lo bello; que del propio modo que adujo Platón las leyendas religiosas de la Grecia para justificar su indiferencia y su desprecio hacia los misterios de la medicina, Bacón volvió por la dignidad del arte de curar, invocando el ejemplo de Jesucristo y recordando al mundo que no desdeñó el médico inmortal de las almas ser también médico de los cuerpos.

Si de la medicina pasamos á la legislación, hallaremos las mismas diferencias entre los sistemas de uno y otro eminente filósofo. Platón, al comenzar su *Diálogo sobre las leyes*, asienta, como principio fundamental, que no es otro su objeto sino hacer á los hombres virtuosos, siendo inútil que hagamos resaltar las conclusiones tan extravagantes á que conduce su premisa. En cambio, Bacón, que se hallaba persuadido de la influencia poderosa de la virtud de los hombres en el bienestar y felicidad de las sociedades á que pertenece, y asimismo sabía cuánto pueden y cuánto no pueden hacer los legisladores para estimular á los pueblos á la práctica del bien, profesa principios y expone ideas acerca de los fines de la legislación y de los medios más conducentes á conseguirlos, que siempre nos han parecido felicísimos, aun entre los más felices pensamientos del mismo género que abundan tanto en sus escritos, porque dice: «Finis et scopus »quem leges intueri atque ad quem jussiones et sanctiones suas »dirigere debent, non alius est quam ut cives feliciter degant. Id »fiet si pietate et religione recté instituti, moribus honesti, ar- »mis adversús hostes externos tuti, legum auxilio adversús sedi- »tiones et privatas injurias muniti, imperio et magistratibus ob- »sequentes, copiis et opibus locupletes et florentes fuerint.» Como se ve, no es otro el fin de las leyes sino el bienestar del pueblo, y los medios de conseguirlo, proveerlo de buena educación moral y religiosa y de todo cuanto sea necesario á defenderlo de

los enemigos exteriores, al sostenimiento del orden interior, y al establecimiento de un sistema judicial, rentístico y comercial tan eficaz que facilite el modo de acumular rápidamente las riquezas y de disfrutarlas en perfecta seguridad.

Hasta bajo el aspecto de la forma que debe darse á las leyes existe una diferencia notable de opinión entre el filósofo griego y el inglés. Platón creía que los preámbulos eran indispensables; Bacon los reputaba perjudiciales. Ambos eran consecuentes: Platón, que consideraba el progreso moral del pueblo como fin de la legislación, pretendía que si las leyes mandan y amenazan sin persuadir la inteligencia ni obligar la voluntad, son leyes necesariamente imperfectas; que no basta impedir la comisión de los delitos y evitar las reincidencias, y que la obediencia más meritoria es aquélla que rinde á la razón el espíritu ilustrado y á los preceptos de la virtud el corazón virtuoso; de aquí su convencimiento de que, haciendo preceder las leyes de ciertas exhortaciones elocuentes y patéticas, pudieran éstas en parte suplir á los castigos: Bacon que no alimentaba ilusiones y esperanzas tan románticas, y conocía los inconvenientes prácticos de la conducta recomendada de Platón, «neque nobis—decía,—prologi legum qui inepti olim habiti sunt, et leges introducunt disputantes non jubentes, utique placerent, si priscos mores ferre possemus... Quantúm fieri potest prologi evitentur, et lex incipiat a jussione.»

Tenían los dos varones eminentes que acabamos de comparar, el propósito de hacer populares sus sistemas respectivos por medio de la novela filosófica; pero ambos dejaron incompleta su obra. De no ser así, de haber vivido Platón lo bastante para dar de mano al *Critias*, el paralelo entre tan hermosa fábula y la *Nueva Atlántida* nos habría proporcionado acaso ejemplos aún más notables que todos los expuestos y más eficaces á demostrar su discordancia. Pues no hay duda de que si el griego hubiera visto establecer en su república una institución semejante á la casa de Salomón, habría retrocedido con espanto y dispuesto sin más tardanza la destrucción de las perfumerías, cervecerías y boticas, y el destierro inmediato de todos los preceptores y maestros de colegio.

Resumiendo, puédesse decir que si el fin de la filosofía de Platón fué hacer del hombre un dios, el de la de Bacon fué proporcionarle cuanto pudiera necesitar humanamente, aspiran-

do el primero á elevarnos sobre el nivel de las necesidades vulgares, y el segundo á ocurrir á ellas, y siendo, por tanto, nobilísimo el objetivo de Platón, únicamente era realizable y práctico el de Bacon solamente. El arco del filósofo griego era bueno ; mas, á la manera del Alcestes de Virgilio, apuntaba siempre á las estrellas, perdiéndose sus flechas en la inmensidad del espacio, no por falta de impulso, sino en razón á la distancia del blanco, bien que trazando rastro luminoso en la esfera celeste.

«Volans liquidis in nubibus arsit arundo.

Signavitque viam flammis, tenuisque, recessit

Consumta in ventos.»

Bacón puso los ojos en un objeto terrestre, no distante del arco, y su flecha fué á dar en medio del blanco. La filosofía de Platón comienza y acaba con palabras sublimes, á decir verdad, y dignas y propias y cual podían esperarse de la más clara inteligencia humana, dueña y señora y árbitra de la lengua más hermosa de todas. La filosofía de Bacón comienza con observaciones y acaba con artes prácticas.

Jactábanse los antiguos filósofos de atraerse con la eficacia de su doctrina el humano espíritu, elevándolo á un grado superior de virtud y de sabiduría ; pero á esto queda reducido el único bien práctico que hayan aspirado á realizar los maestros de aquel entonces ; y á decir verdad, si lo hubieran conseguido, merecerían ciertamente mayores alabanzas que si hubiesen descubierto medicinas saludables, ó inventado máquinas poderosas ; mas no aconteció así, pues nada consiguieron en aquellas materias por efecto de las cuales pretendían labrar la dicha humana, y que les hicieron abandonar sus intereses materiales : prometieron lo impracticable, despreciaron lo práctico, llenaron el mundo de palabras sonoras y de luengas barbas, y luego lo dejaron tan ignorante y pervertido como lo hallaron.

Porque la menor cantidad de bien positivo es de más precio que la mayor promesa, por espléndida que sea, si es irrealizable : vale más una fanega de tierra en el condado de Middlesex que toda una provincia de *Utopía*, y una máquina de vapor, que el sabio de los estóicos, á pesar de su grandeza ; que máquinas de vapor las hay prestando utilísimo servicio, y el sabio de los estóicos está por ver todavía. Aquella filosofía que logre hacer al hombre capaz de sentirse perfectamente feliz, al propio tiempo que sufra terribles dolores, valdrá más que otra eficaz sólo á cal-

mar el dolor ; pero bien sabemos que si existen remedios para calmar el dolor, no ha existido ningún sabio que se hallase contento doliéndole las muelas ; y así también la filosofía que destruyera en su germen la concupiscencia, sería mejor que la filosofía inspiradora de leyes enderezadas á la defensa de la sociedad ; mas, si es posible hacer leyes eficaces á este fin, no sabemos de ningún filósofo que haya descubierto el modo de acabar con la concupiscencia. Ni podía ser tampoco de otra suerte, siendo estos sabios iguales ó peores que sus contemporáneos, desde el punto de vista de la moralidad ; pues según el testimonio de sus amigos, lo propio que de sus enemigos, conforme á las confesiones de Epicteto y de Séneca, como á las burdas de Luciano y á las acerbas invectivas de Juvenal, es evidente que aquellos profesores de virtud poseían todos los vicios del común de las gentes, aumentados del vicio de la hipocresía. En cambio, las personas á quienes se antoje que los fines de Bacón carecen de la elevación y grandeza propias de los antiguos, no podrán negar que, ya fueran sublimes ó vulgares, se realizaron, y, asimismo, que cada año que transcurre acrecienta el caudal de lo que Bacón llamaba *el fruto*, y que hace la humanidad notables progresos en la senda trazada por él. ¿ Se vió nunca progreso análogo entre los antiguos filósofos ? ¿ No dejaron el mundo como lo hallaron, al cabo de ochocientos años de polémicas y declamaciones ? Y no solamente nos hallamos persuadidos de esto, sino de que, aun entre los mismos filósofos, en vez de progresivo adelantamiento se advierte progresiva decadencia ; porque la prolongada chochez de platónicos y estóicos vino luego á extremarse con miserables supersticiones que Demócrito y Anaxágoras hubieran rechazado despreciativamente. Y así como los esfuerzos laboriosos para pronunciar palabras nos deleitan é interesan en los niños y nos disgustan y apenan en los ancianos paralíticos, así también las extrañas ficciones mitológicas que nos seducen y encantan cuando las vemos balbucear, por la poesía griega, en su cuna, nos mueven á lástima y á tedio en los labios de la caduca filosofía. Sabemos que los fusiles, los relojes, los anteojos, los cuchillos y tantas otras cosas son mejores al presente que lo fueron en tiempo de nuestros padres, y mejores en aquella época que lo habían sido en otras anteriores, y procediendo á virtud de este razonamiento, nos sentimos inclinados á creer que cuando un sistema filosófico que se vanagloriaba de purificar y elevar las almas,

descuidando, para mejor alcanzar estos fines, la mezquina y baja tarea de ocurrir á los progresos materiales, imperó por espacio de siglos, hubo de conseguir progresos morales de grandísima importancia. Pero, ¿aconteció así realmente? Estúdiense las escuelas de tan profunda sabiduría cuatro siglos antes y cuatro después de la era cristiana; compárense los discípulos de ambas épocas, y hágase un paralelo entre Platón y Libanio, entre Pericles y Juliano, y entonces se verá si aquella filosofía que se jactaba de ser inútil, excepto para un fin determinado, pudo alcanzarlo nunca.

Supongamos, un espacio solamente, que al cerrarse las escuelas de Atenas hubiera requerido Justiniano á los últimos sabios que frecuentaban todavía el Pórtico y vagaban alrededor de los plátanos para que resumieran sus títulos y merecimientos á la consideración pública, diciéndoles: «He aquí que han transcurrido diez siglos desde el día en que Sócrates confundió en esta ciudad, famosa por tantos títulos, á Protágoras é Hippias; y como, durante ellos, un número considerable de los hombres más ilustres de cada generación ha hecho los mayores esfuerzos para perfeccionar la filosofía que predicáis la cual ha sido protegida magníficamente de personajes poderosos, y sus maestros estimados y reverenciados del público, y apoderándose su doctrina de toda la savia y vigor del humano espíritu, os pregunto: ¿Qué ha hecho? ¿Cúya es la verdad bienhechora enseñada por ella y que sin su auxilio no hubiéramos podido conocer? ¿Nos ha hecho capaces de realizar lo que sin ella no habríamos sido igualmente capaces de poner en ejecución?» Preguntas son las apuntadas que hubiesen puesto en mucha perplejidad á Simplicio é Isidoro. En cambio, pregúntese á un discípulo de Bacon qué ha hecho por la humanidad la «nueva filosofía», como se llamaba en tiempo de Carlos II, y contestará sin tardanza: «Ha prolongado la vida, mitigado el dolor, curado las enfermedades, aumentado la fecundidad de la tierra, protegido al navegante, provisto de nuevas armas al guerrero, echado, sobre precipicios temerosos y anchos ríos, puentes de forma desconocida en tiempo de nuestros padres, apoderándose del rayo, iluminado la noche, aumentado la vista humana, multiplicado la fuerza muscular, acelerado los movimientos, acortado las distancias, facilitado las relaciones, la correspondencia, los buenos oficios, el despacho de los negocios, permitido al hombre sumergirse sir

»riesgo en las profundidades del mar, y remontarse como las
 »águilas á inmensas alturas, y penetrar en las entrañas de la
 »tierra, y cruzar los continentes y surcar los mares en carrua-
 »jes y barcos movidos con rapidez extraordinaria sin caballos ni
 »velas. Y esto, aun siendo ya mucho, no es sino parte de sus
 »primeros frutos ; porque la llamada «nueva filosofía» ni descan-
 »sa, ni cree llegar á la meta nunca, ni menos á la perfección ;
 »y como su ley es el progreso, el punto que ayer fué apenas per-
 »ceptible en los horizontes de la ciencia, hoy será su objetivo y
 »mañana su punto de partida.»

Mas, por grandes y variadas que fueran las facultades de Ba-
 cón, debe principalmente su extensa y duradera celebridad á
 la circunstancia de que todas ellas recibieron impulso del buen
 sentido. Su amor á lo útil, aun siendo la utilidad vulgar, su ge-
 nerosa y fuerte simpatía por las nociones populares del bien y
 del mal, y su franqueza en declararla, constituyen el secreto de
 su influencia ; que no hubo en su filosofía jerga trapacera ni fan-
 tasías, ni poseyó ungüentos prodigiosos para componer los hue-
 sos rotos, ni pomposas teorías *de finibus*, ni argumentos ocasio-
 nados á enloquecer á la humanidad. Sabía que los hombres, y
 los filósofos igualmente que los demás, aman la vida, la salud,
 el bienestar, la honra, la seguridad y el trato de sus amigos, y
 que temen la muerte, las enfermedades, el sufrimiento, la po-
 breza, la deshonra, el peligro y la separación de aquellos á quie-
 nes aman, y asimismo que la religión acaba raras veces con estos
 naturales afectos y movimientos, si bien suele regularlos y mo-
 derarlos, estando persuadido de que no debía despojarse de ellos
 á la humanidad, y en cuanto á destruirlos por medio de frases
 como las de Séneca, ó de silogismos como los de Crisippe, ni
 siquiera pudo pensar en tamaño absurdo inteligencia tan supe-
 rior cual lo era la suya ciertamente, alcanzándosele aún me-
 nos la ventaja que resultara de cambiar las cosas de nombre,
 á no ser posible mudar su esencia, negando que la tortura, la
 gota, el hambre y la ceguera fueran males, y llamándolos *apo-
 proégmena*, y sosteniendo que la salud, la seguridad y la abun-
 dancia no fueran bienes y dándoles el nombre de *adiáfora*, por-
 que acerca de todas estas materias ni era estóico, ni epicúreo, ni
 académico, sino que los académicos, epicúreos y estóicos hubie-
 ran denominado *idiotas*, es decir, un hombre vulgar. Precisamen-
 te á causa de esto forma época en la historia el nombre de Bacón,

pues como ahondó profundamente para echar los cimientos, y para establecer sólidamente sus principios descendió á las partes inferiores, pero inmutables, de la naturaleza humana, pudo levantar mucho el edificio; y el monumento construido por él adquirió tan gigantescas proporciones, que permanece firme y derecho todavía en su inmutable poder.

Reflexionando acerca de esto, hemos pensado algunas veces que podría escribirse una novela muy entretenida, cuyos principales personajes fueran un discípulo de Epicteto y otro de Bacón. Los haríamos viajar juntos y llegar así á un pueblo invadido de la viruela, en el cual se vieran discurrir por las calles, madres desesperadas llorando la pérdida de sus hijos; en las casas, enfermos y moribundos, y en todas partes, muestras repetidas y evidentes de duelo y consternación. El estóico arenga á la muchedumbre y le asegura que la viruela no es un mal, y que, para el sabio, las enfermedades, la deformidad, la muerte y la pérdida de sus deudos no son desgracias. El discípulo de Bacón saca una lanceta de su cartera y se pone á vacunar. Siguen viajando, y cerca de una hullera encuentran restos de una cuadrilla de trabajadores que les hablan aterrados de la reciente catástrofe ocurrida en el fondo de la mina. Es el caso, que acaba de tener lugar una explosión de gas, que han muerto muchos compañeros abrasados y que los supervivientes no se atreven á penetrar en las galerías. El estóico les dice, para tranquilizarlos, que el accidente no pasa de ser un *apoproégmenon*; pero el discípulo de Bacón, que no sabría tal vez emplear palabra de tanta sonoridad, se da por satisfecho inventando una lámpara para el caso. Más adelante, á orillas del mar, encuentran un hombre desesperado: su barco acaba de naufragar, y en él traía un cargamento de valor inestimable pasando con esto en un instante de la opulencia á la miseria. El estóico lo exhorta á despreciar la riqueza, á no buscar la felicidad en aquello que reside fuera de su ser, y para mejor persuadirlo le repite íntegro el capítulo de Epicteto *pròs tòus tèn aporian dedoikotas*; entretanto, el discípulo de Bacón construye una campana de buzo, y se sirve de ella para sumergirse, buscar los objetos más preciosos de la carga y subirlos á la playa, remediando así en la medida de lo posible aquel siniestro. Fácil sería multiplicar los ejemplos eficaces á establecer la diferencia entre la filosofía de las espinas y la filosofía de los frutos, entre la filosofía de las palabras y la filosofía de las obras.

SUEÑO DE PLATÓN

POR VOLTAIRE

Platón soñaba mucho, y lo mismo han soñado los hombres después.

Soñó que antiguamente era doble la naturaleza humana, y que fué dividida en macho y hembra en castigo de sus culpas.

Probó que no podía haber más que cinco mundos perfectos, porque no hay más que cinco cuerpos regulares en geometría.

Uno de sus mejores sueños es su República.

También soñó que el sueño se engendra de la vigilia y la vigilia del sueño, y que quien contempla un eclipse, si no es en un lebrillo de agua, se queda infaliblemente ciego.

Entonces soñando se granjeaban los hombres mucha reputación.

El siguiente sueño suyo no es de los menos interesantes :

Parecióle que habiendo el gran Demiurgos, el eterno geómetra, sembrado de innumerables globos el espacio infinito, quiso experimentar la ciencia de los genios que habían sido testigos de sus obras, y dió á cada uno un pedacito de materia para que la coordinase, como si Zeuxis y Fidias hubieran encargado á sus discípulos unas estatuas ó unos cuadros, en cuanto es permitido comparar las cosas pequeñas con las grandes.

Cupo en suerte á Demogorgon el pedazo de barro que llaman *la Tierra*; y habiéndola éste coordinado del modo que hoy vemos, se jactaba de que había hecho una obra maestra, con que pensaba haber vencido la envidia, y merecer elogios de sus propios compañeros; y se quedó atónito cuando lo recibieron éstos con silbidos.

Díjole uno de ellos, que era un burlador socarrón :

—Cierto que has trabajado bien; has separado tu mundo en dos, y has dejado un vasto espacio de agua entre ambos hemisferios, para que no tuviera una comunicación con otro. Debajo de tus dos polos se helarán de frío, y bajo tu línea equinoccial se morirán de calor. No me desagradan tus carneros, tus vacas y tus gallinas; pero, ingenuamente, tus serpientes y tus



Voltaire.

arañas me gustan poco. Buena cosa son tus cebollas y tus alcachofas; mas no sé qué idea llevabas en cubrir la tierra de tanta planta venenosa, como no fuese la de envenenar á sus moradores. Creo que has formado unas treinta especies de simios, muchas más de perros, y cuatro ó cinco no más, de hombres: verdad es que á este último animal le has dado lo que llamas *la razón*; pero en conciencia, tan ridícula es la tal razón, que se acerca á la locura. Me parece que no te curas mucho de este animal de dos pies, á quien has dado tantos enemigos con tan poca defensa, tantas dolencias con tan pocos remedios, tantas pasiones con tan poca cordura. Sin duda que no quieres que se multipliquen en demasía en la tierra; pues, dejando aparte los peligros á que los has expuesto, lo has dispuesto tan bien, que un día vendrá en que las viruelas se lleven cada año el diezmo de la especie, y el venéreo envenene el manantial de la vida en las nueve partes restantes. Como si con esto no bastara, de tal manera los has organizado, que la mitad de los que sobrevivan pasará el tiempo litigando, y la otra mitad matándose unos á otros. Cierto que te deben estar muy agradecidos, y que has hecho un dechado perfecto.

Sonrojóse Demorgogon, conociendo que, efectivamente, había en su obra mal físico y mal moral; pero sustentó que el bien era más que el mal.

—La crítica es fácil — dijo; — ¿pero piensas que sea tan fácil hacer un animal, que siendo siempre racional y libre, no abuse nunca de su libertad? ¿Piensas que cuando tiene uno nueve ó diez mil plantas que hacer brotar, puede tan fácilmente estorbar que tengan algunas de ellas propiedades perjudiciales? ¿Te figuras que con cierta cantidad de agua, arena, cieno y fuego, pueda no haber mares ni desiertos? Vuestra merced acaba, señor burlón, de coordinar el planeta Marte: ya veremos qué tal están sus dos grandes bandas, y qué lindo efecto hacen sus noches sin luna; ya veremos si no adolecen sus moradores de locura ni enfermedad ninguna.

Efectivamente; examinaron los genios á Marte, y el burlón sufrió una descarga cerrada de pullas.

No llovieron menos críticas sobre el genio adusto que había amasado á Saturno, y lo mismo sucedió con cada uno de sus camaradas, los fabricantes de Júpiter, Mercurio y Venus.

Escribiéronse librotos y folletos, corrieron epigramas, com-

pusieronse coplas, se ridiculizaron los unos á los otros, y se exasperaron los partidos, hasta que á todos les impuso silencio el eterno Demiurgos, diciéndoles :

—Habéis hecho todas cosas buenas y malas, porque tenéis mucha inteligencia y sois imperfectos ; vuestras obras no durarán más que algunos centenares de millones de años, y después, más instruídos, las haréis mejores : á mí solo me pertenece el hacer cosas inmortales y perfectas.

Esto enseñaba Platón á sus discípulos.

Cuando acabó de hablar, le dijo uno de ellos :

—Y luego despertasteis.



AMOR FUGITIVO

POR MOSCO DE SIRACUSA

Tras Cupido
 Que se escapa
 Va Ciprina
 Congojada.
 «¡ Pasajero !
 (Triste clama)
 Por las calles
 Y las plazas
 ¿Quién á un niño
 Vió con alas?
 Es de Venus
 Prenda cara.
 Al que diga
 Dónde se halla
 Recompensa
 Daré grata :
 Y si hubiere
 Quien lo traiga
 A las puertas
 De mi alcázar,
 Yo le ofrezco
 Mayor gracia.
 »Mil á mi hijo
 Señas claras
 Entre ciento
 Lo indicaran.
 Ver no esperes

Su tez blanca
Porque al fuego
Roja iguala.
Sus pupilas
Son dos brasas,
Y perversas
Sus entrañas,
Aunque dulce
Tiene el habla.
Una cosa
Dentro fragua
Y otra dicen
Sus palabras.
Miel semeja
Su voz blanda;
Mas si la ira
Lo arrebatá,
Es tremenda
Su venganza,
Todo es dolos,
Todo mañas,
Todo fraudes,
Todo tramas,
Y aun crueles
Son sus chanzas.
»La melena
Bien rizada
Mal al torvo
Rostro cuadra;
Sus manitas
Agraciadas
¡Ay! cuán lejos,
Cuál disparan!
Al Estigio
Lago alcanzan;
De Orco hieren
Al monarca.
Con el cuerpo
Desnudo anda,
Mas cubierta
Tiene el alma.
Leves plumas
Lo engalanan;
De ave á guisa
Vuela y salta
Y á doncellas

AMOR FUGITIVO

Y muchachas
De improviso
Se abalanza
Y en su seno
Nido labra.

»Diminuto
Arco lo arma
Con la flecha
Preparada
Que hasta el cielo
Vuela rauda.

De oro puro
Rica aljaba
Siempre cuelga
De su espalda;
Mil saetas
Dentro guarda
Con veneno
Bien curadas
Que á mí propia
Rudas causan
Muchas veces
Hondas llagas.

»Cuanto lleva
Todo espanta,
Todo hiere
Y anonada;
Mas su antorcha,
Bien que parva,
Aun al mismo
Sol abrasa.

»¡Pasajero!
Si lo agarras,
Trae tu presa
Bien atada.
¡Infelice
Si te apiadas!
Cuando vieres
Que derrama
Tierno lloro,
Ponte en guardia,
Porque entonces
El te engaña.
Si riere,
Más lo afianza;
Zalamero

Si te abraza,
 ¡Lejos huye!
 Porque mancha,
 Y á quien besa
 Lo contagia.
 Si te dice
 «Ten mis armas»
 Y sus prendas
 Te regala,
 ¡Ay! no aceptes
 Nada, nada.
 Fuego encierran
 Esas galas:
 No las toques
 O te abrasan».



ADMONICIÓN A DEMÓNICO

POR ISÓCRATES

ISÓCRATES.—Nació 436 años antes de Cristo.—Célebre orador ateniense. A causa de su timidez natural no pudo dedicarse á la oratoria pública, y se consagró á la enseñanza de la elocuencia. Se distingue por la elegancia y la armonía, pero carece de energía y fuego. Nos restan de él veintiún discursos; la *Panatenaicas* ó elogio de Atenas, el *Panegírico*, el *Discurso á Nitocles sobre el arte de reinar*, etc.; también tenemos de él diez *Cartas*. Murió casi centenario.

Vemos ¡oh, Demónico! que se distinguen en muchas cosas los pensamientos de los buenos de los cuidados é intenciones de los malos; pero en lo que más principalmente se diferencian los unos de los otros es en la recíproca correspondencia. Porque los unos sólo hacen caso de sus amigos cuando los tienen presentes, y los otros los estiman y aman aun cuando están de ellos muy distantes. Y además de esto, las amistades de los malos con un tiempo muy corto están deshechas, cuando no hay tiempo que baste á disolver las amistades de los buenos. Pensando, pues, que á los que aspiran á la gloria y desean una liberal educación, les conviene, sobre todo, ser imitadores de los buenos y no de los malos, resolví regalarte este librito en señal de nuestra amistad y en testimonio de mi

buena correspondencia para con Ipónico ; puesto que es justo que los hijos, como heredan la hacienda, hereden también las amistades de sus padres.

Además, el tiempo y la fortuna son también en esto de nuestra parte, porque tú deseas instruirte, y yo me ocupo en instruir á otros ; tú buscas aún la sabiduría, y yo me empleo en dirigir á los que la buscan. Los que escriben, pues, exhortaciones á sus amigos no dejan de emplearse en una buena obra, mas no se ejercitan todavía en lo más acendrado y perfecto de la filosofía ; pero los que exponen á los jóvenes, no precisamente aquellos preceptos á que hayan de deber el ser excelentes en la oratoria, sino también aquéllos que les den reputación de hombres de probidad y virtud, son sin duda más útiles á los que los escuchan ; por cuanto aquéllos sólo los excitan á la elocuencia, y éstos corrigen y mejoran sus costumbres. Así que, dejando las exhortaciones y escribiendo esta admonición ó aviso, he querido aconsejarte qué cosas son las que deben apetecer los jóvenes ; de cuáles deben guardarse ; qué hombres han de tratar, y de qué modo han de ordenar su vida. Por cuanto sólo aquéllos que han seguido este camino, han llegado á adquirir la verdadera y sólida virtud, que es, de todas, la más excelente y segura posesión. Porque la hermosura, ó el tiempo la consume ó una enfermedad la marchita : la riqueza más es ministra del vicio que de la virtud, como que proporciona la inacción y ociosidad, y sirve á los jóvenes de incitativo para los placeres y deleites : el valor, acompañado de la prudencia, es provechoso, mas sin ella ha sido, por lo común, la perdición de los que lo han tenido ; y, ejercitando, es cierto que da gracia á los cuerpos, pero sirve de impedimento y niebla para el cuidado de las almas : sola la virtud es la que, si crece con alguno en la juventud, envejece también con él, siendo más excelente que todos los haberes y más útil que la nobleza, como que hace, para el que la tiene, posible lo que es imposible para los demás, y sufre con intrepidez lo que intimida y acobarda al resto de los hombres, y tiene por reprehensible la desidia y pereza, y el trabajo y la ocupación por dignos de alabanza. De todo esto son bien manifiesta prueba los trabajos de Hércules y las hazañas de Teseo, pues que la virtud, que fué la pauta de cuanto hicieron, los elevó á tan ilustre gloria, que nunca ha podido el tiempo sepultar en el olvido sus gran-

des hechos. Pero ¿qué? Sólo con acordarte del tenor de vida que observó tu padre, de cuanto he dicho tendrás dentro de casa un buen ejemplo; porque no vivió olvidado de la virtud y entregado á la ociosidad, sino que ejercitó su cuerpo con el trabajo, y su alma se expuso con esfuerzo á los peligros. Ni amó desordenadamente las riquezas, sino que disfrutó de sus bienes como que era mortal, y al mismo tiempo cuidó de su hacienda como si nunca hubiera de morir. Ni llevó tampoco una vida obscura; antes era garboso y magnífico, y amigo de sus amigos, teniendo en más á los que en algo le servían que á sus propios parientes; porque decía que para la amistad más había de valer la naturaleza que la ley, las costumbres que la sangre, y la elección que la necesidad. Me faltaría tiempo si hubiera de referirte una por una sus acciones; tiempo habrá en que te manifieste cuán ordenadas fueron: ahora bástame haberte dado esta muestra del carácter de Ipónico, que quiero te sirva de ejemplo para dirigir tu vida, teniendo por ley sus costumbres y procurando ser un celoso imitador de las virtudes de tu padre. Porque sería vergonzoso que, procurando los pintores imitar en sus países los animales más perfectos, no procurasen también los hijos imitar á los más perfectos de sus progenitores. Persuádetes, pues, que no hay atleta que así deba estudiar en vencer á su contrario como tú en igualar, si puedes, las virtuosas acciones de tu padre. Mas el llegar á esto es enteramente imposible á quien no ha recibido muchos y saludables preceptos. Porque así como los cuerpos con el moderado trabajo crecen, así también acontece que las almas se robustecen con la buena doctrina. Por tanto, haré lo posible por proponerte brevemente aquellas cosas que han de acarrear, á lo que yo entiendo, la sólida virtud y la general estimación de todos.

En primer lugar, sé religioso para con los dioses, no sólo ofreciéndoles sacrificios, sino siendo también fiel en tus juramentos, porque aquello sólo da á entender una gran abundancia de bienes, cuando esto es señal de unas costumbres puras. Adora siempre á Dios, pero principalmente cuando se le tributa el público culto; porque así manifestarás á un mismo tiempo que eres religioso y que veneras las leyes.

Sé tal para con tus padres, cuales desearás que sean para contigo tus hijos.

De los ejercicios corporales toma, no los que acrecientan las fuerzas, sino los que aprovechan para la salud; y esto lo alcanzarás si te retiras del trabajo pudiendo todavía trabajar más.

No apruebes la risa descompuesta, ni sea de tu gusto la plática libre; porque lo primero es de necios y lo segundo de locos.

Ten por indignas de pronunciarse aquellas cosas que no pueden hacerse sin vergüenza.

Acostúmbrate á componer tu semblante de modo que no sea ceñudo, pero sí serio; porque aquello te haría pasar plaza de vano, y esto te acreditará de juicioso.

Ten entendido que á ti ahora te están principalmente bien la modestia, la vergüenza, la justicia y la templanza; porque éstas son las virtudes que han de sobresalir en los jóvenes.

No hagas nada creyendo que ha de quedar oculto; porque, aun cuando lo ocultes á los demás, no lo ocultarás á tu conciencia.

Teme á Dios y honra á tus padres.

Venera á tus amigos y obedece á las leyes.

Busca aquellos recreos que te hayan de adquirir gloria; porque la diversión acompañada de la honestidad es excelente cosa; mas, sin ella, la peor de todas.

Guárdate de que te achaquen delitos aun cuando sean falsos, porque los más ignoran la verdad y sólo atienden á lo que se dice.

En cualquiera cosa que hagas, piensa que nadie ha de ignorarla, porque aun cuando logres ocultarla al principio, al fin se vendrá á descubrir.

Lograrás ser grandemente estimado de todos si haces constar que no caes en aquellos defectos que tú reprenderías en los demás.

Si tienes gusto de aprender, vendrás por fin á ser sabio.

Procura retener con el ejercicio lo que ya sabes, y trabaja por saber lo que todavía ignoras; porque es igualmente vergonzoso el no aprender la sana doctrina que se oye, que el no recibir un beneficio cuando brinda con él algún amigo.

Dedica al estudio todo el tiempo libre que tengas: con eso aprenderás muy fácilmente cuanto con su trabajo han inventado los demás. Persuádete que los muchos preceptos y la mucha doctrina son muchísimo mejores que la mucha hacien-

da, porque entre todos los bienes no hay otro que sea inmortal, sino la sabiduría.

No dificultes hacer un largo viaje en busca de aquéllos que prometen enseñar alguna cosa útil. Porque sería vergonzoso que los mercaderes corriesen tantos mares por aumentar su hacienda, y los jóvenes dificultasen viajar por tierra para ejercitar y cultivar su ingenio.

Sé afable en tus modales y urbano en tus palabras. La afabilidad se muestra en saludar á todos, y la urbanidad en hablarles con suavidad y dulzura. Pórtate benignamente con todos, pero trata sólo con los mejores, porque de este modo evitarás las enemistades de los unos, y tendrás á los otros por amigos. No seas pesado en tus conversaciones con unos mismos sujetos ó sobre unas mismas cosas, porque todo cansa.

Ejercítate por tu gusto en el trabajo, para que puedas llevarle cuando tengas que trabajar por fuerza.

Trabaja por dominar sobre aquellas cosas de que sería vergüenza fueses dominado, como el interés, la ira, el deleite y el dolor. Esto lo conseguirás en cuanto al interés si sólo cuentas por ganancia aquello que te da estimación y no aquello que aumenta tu caudal : en cuanto á la ira, si eres tal para con los que te ofenden, cuales deseas que sean para contigo aquéllos á quienes has ofendido ; en cuanto á los placeres, si llegas á entender cuán fuera de razón es que el mismo que domina á sus esclavos sea esclavo de los deleites, y en cuanto al dolor, si miras á los infortunios y desgracias de los demás y te acuerdas de que naciste hombre.

Guarda aún con más cuidado el secreto que te confiaren que los bienes que te dieren en depósito ; porque los hombres de bien han de dar á entender que su porte es de más entereza y fe que el juramento.

Ten por cierto que tanto importa desconfiar del malo como confiar en el bueno. Mas lo que es de callar nunca lo digas á nadie, á no ser que aquéllos á quienes lo confías tengan en callarlo tanto interés como tú mismo.

Presta el juramento que te defirieren por estos dos motivos : por librarte á ti mismo de la nota de algún delito, ó sacar de peligro á tus amigos. Mas, por intereses, nunca jures el nombre de Dios aun cuando jures con verdad, porque para unos pasarás plaza de perjuro y para otros de avariento.

No admitas á nadie en tu amistad sin que antes veas cómo se porta con sus primeros amigos, porque es de esperar que sea para contigo cual fuere para con ellos.

Vete con tiento en contraer amistades, pero una vez contraídas procura conservarlas, porque tan malo es no tener amigos como andarlos mudando cada día.

No quieras probar con perjuicio propio los amigos, ni te quedes tampoco sin experimentarlos. Esto lo conseguirás si no necesitándolos fingieres que los necesitas, y si les comunicas, como secretas, cosas que no importará nada que se digan; porque aunque no te suceda como quieres, nada perderás, y si te saliere bien, habrás logrado conocerlos.

Probarás que tales son tus amigos, ya en las desgracias que trae esta vida, y ya también dándoles parte de los peligros en que te vieres; porque en el fuego probamos el oro, mas en las adversidades conocemos á los amigos.

Entonces te portarás bien con tus amigos, cuando no esperares á que te rueguen y en la necesidad voluntariamente los sirvieres.

Ten por igualmente vergonzoso el que en las injurias te venzan tus enemigos, que el ser de tus amigos vencido en los beneficios.

Recibe en tu amistad á aquéllos que se duelan de tu desgracia y no tengan envidia de tu fortuna; porque hay muchos que sienten, sí, los males de sus amigos, pero en la prosperidad les tienen envidia.

Haz memoria con aquellos amigos que tratares, de los amigos que tienes ausentes, para que así juzguen que tampoco te olvidarás de ellos cuando se ausentaren.

Procura vestir con aseo, mas no con lujo; porque el aseo dará á entender que eres magnífico, y el lujo que eres amigo de superfluidades.

Mira con desprecio á los que se afanan en allegar bienes y no tienen valor para usar de ellos. Porque á éstos les sucede lo mismo que al que tiene un arrogante caballo y no sabe montar.

Procura que las riquezas te sean de utilidad y provecho. De utilidad son á quien sabe disfrutarlas, y de provecho á quien sabe hacer uso de ellas.

Alégrate de tener hacienda por estas dos causas: por estar

en estado de sufrir aunque sea una gran pérdida, y de ayudar á algún amigo si se viere necesitado. Por lo demás, ámala moderadamente y no con demasiada afición. Conténtate, pues, con lo que tuvieres, y aspira á otras cosas mejores.

No des á nadie en rostro con su miseria, porque en todos domina la fortuna, y nadie sabe lo que le puede suceder.

Haz bien á los buenos, porque es un apreciable tesoro el beneficio que se hace á un hombre de bien. Mas si haces bien á los malos, te sucederá lo que al que da pan á perros ajenos; pues así como éstos igualmente ladran á los que les echan que á cualquiera otro, así también los malos del mismo modo injurian á sus bienhechores que á los que los tratan mal.

Debes aborrecer á los aduladores lo mismo que á los impostores, porque los unos y los otros causan igual perjuicio á quien los cree.

Si dieres lugar entre tus amigos á aquéllos que sean para lo malo condescendientes contigo, no tendrás en tu vida quien quiera oponérsete para conducirte á lo bueno.

Sé para con los que te tratan afable y no arrogante; porque la soberbia hinchazón apenas pueden sufrirla los esclavos, cuando no hay quien no tenga mucho gusto en el trato benigno y afable. Mas para que tengas esta afabilidad y buen trato, deberás no ser amigo de disputas, ni terco, ni de los que á todo contradicen, ni oponerte con aspereza á la ira de los que te hablan aun cuando se enfaden sin razón, sino que has de ceder mientras les dure el enojo y reprenderlos cuando ya se hayan calmado. Ni has de ser serio y grave cuando se trate de risas y diversiones, ni tampoco ridículo y juglar en las cosas serias, porque siempre lo intempestivo enfada. No has de ser tampoco ingratamente agradecido, como lo hacen muchos que sirven, sí, á sus amigos, pero manifiestan hacerlo de mala gana: no de los que de todo se quejan, porque es molesto; ni de los que todo lo censuran, porque causa enfado.

Guárdate, sobre todo, de los convites y comilonas; mas si te fuere preciso el hallarte en alguna, levántate antes que te venza el vino, pues si el vino llega á turbar la razón, serás como aquel carro de que ha caído el carretero. Porque éste, por no tener quien lo rija, es ciega y temerariamente arrastrado, y el ánimo, trastornada la razón, es llevado á mil excesos.

Ten presente que has de ser inmortal, para que seas magnífico ; y que eres mortal, para que uses moderadamente de tu hacienda.

Para que conozcas cuánto se aventaja la instrucción á la ignorancia, no tienes más que atender á que todos, de las demás cosas malas que hacen, sacan alguna utilidad, cuando de la ignorancia sólo pueden sacar daño sobre daño los que en ella viven. Porque muchas veces les sucede que si han agraviado á alguno de palabra, le pagan bien cara en obras la injuria que le han hecho.

Si quieres granjearte la amistad de algunos, habla bien de ellos con los que conozcas que han de ir á decírselo ; porque por la alabanza empieza la amistad, como el odio y enemistad por la detracción.

Cuando consultes sobre alguna cosa, séate lo pasado ejemplo de lo porvenir. Porque de lo que nos es manifiesto, es fácil inferir lo que nos es desconocido. Sé, sí, en el deliberar tarde ; pero pon prontamente por obra lo que ya has resuelto. Ten por cierto que de Dios no podemos esperar cosa mejor que la buena dicha, ni mejor beneficio de nosotros mismos que el acertado consejo. Si tienes vergüenza en descubrir alguna cosa, y quieres, sin embargo, comunicarla con algún amigo, trátala como si hablaras de otra muy diferente : porque así sabrás su modo de pensar, y quedarás siempre encubierto.

Cuando en tus cosas quieras aconsejarte de alguno, mira antes cómo se porta en las suyas : porque quien en las cosas propias no tiene acierto, mal podrá aconsejar bien en las ajenas.

No podrás menos de ser inclinado á tomar consejo, si miras á los males que la falta de él y la temeridad acarrearán. Porque de la salud entonces cuidamos más, cuando nos acordamos de los dolores que consigo trae la enfermedad.

Imita las costumbres de los reyes, y sigue sus inclinaciones, porque parecerá que merecen tu aprobación y que te los propones por ejemplo, y así lograrás ser tenido en más del pueblo y acrecentar y confirmar la gracia en que estés con ellos.

Obedece, sí, las leyes establecidas por el soberano ; mas ten sus costumbres por la ley más valedera : pues así como al que vive bajo el gobierno popular le importa congraciarse con

la muchedumbre, del mismo modo le conviene admirar y venerar al rey al que vive en una monarquía.

Si lograses algún puesto, no te valgas para su desempeño de ningún hombre ruin, porque cuanto malo él hiciere, á ti se te ha de imputar.

Sal de los cargos públicos más honrado, pero no más rico : que la alabanza del pueblo vale más que todos los haberes.

No te mezcles ni tomes parte en ningún negocio malo ; porque han de pensar que estás acostumbrado á hacer aquello mismo á que con tu favor y ayuda contribuyes cuando lo hacen otros.

Haz por ponerte en estado de poder más que los otros, y vive, sin embargo, en igualdad con ellos, y así creerán que eres inclinado á la justicia, no por debilidad, sino por la equidad misma.

Prefiere una pobreza acompañada de justicia á todas las riquezas inicualemente habidas : porque la justicia es tanto mejor que la hacienda, cuando ésta sólo aprovecha al hombre mientras vive, y aquella aun después de muerto le acarrea gloria ; de la una sucede que participan aun los malos, y la otra de ningún modo pueden alcanzarla.

No quieras nunca seguir el ejemplo de aquéllos que injustamente han hecho caudal ; antes ten en más á los que han sufrido por la justicia algunos infortunios, porque aun cuando los justos no sean en ninguna otra cosa superiores á los injustos, por lo menos les hacen mucha ventaja en las buenas esperanzas que alimentan.

Ten, sí, cuidado de todas las cosas que son útiles para la vida ; pero cuida principalmente de ejercitar el ingenio : porque lo máximo en lo mínimo es la recta razón en el cuerpo del hombre.

Trata de ser en cuanto al cuerpo amigo del trabajo, y amante de la sabiduría en cuanto al alma : así podrás con el uno ejecutar lo que te pareciere, y con la otra conocer qué es lo que te conviene.

Si has de decir alguna cosa, considérala primero en tu mente, porque en muchos la lengua se adelanta á la reflexión.

Sólo en estas dos ocasiones has de hablar : cuando sepas de tijo lo que vas á decir, y cuando no lo puedas excusar ; porque

en solas ellas es mejor la plática que el silencio, pero en todas las demás mejor es el callar que no el hablar.

Ten presente que en las cosas humanas nada hay estable y duradero.

Alégrate cuando te favorezca la fortuna, y siente moderadamente tus desgracias; pero no manifiestes á los demás ni lo uno ni lo otro: porque es muy extraño que procuremos con la mayor diligencia ocultar en nuestras casas nuestra hacienda, y al mismo tiempo llevemos al descubierto el pensamiento.

Guárdate con más cuidado de una mala nota que de cualquier peligro: porque los malos deberán temer la muerte; pero los buenos el vivir en la deshonra.

Pon el mayor cuidado en vivir en seguridad; mas si te sucediere verte en peligro, procura salir de la guerra con honra y con gloria, y no con afrenta é ignominia: porque la suerte á todos nos ha condenado á morir; mas el morir con honor ha querido la naturaleza que sólo sea de los varones excelentes.

Ni te maravilles de que muchas de las cosas que llevo dichas no puedan ahora serte de provecho por razón de tu edad: que á mí tampoco se me oculta; sino que me propuse, ya manifestarte lo que al presente puede serte útil, y ya también anunciarte qué es lo que deberás hacer cuando estés en la edad más adelantado. Porque el conocer qué uso deberás hacer de estos preceptos, te ha de ser muy fácil; cuando no sin gran dificultad hallarás quien con cariño te aconseje. Así, para que no anduvieses buscando en otra parte los avisos que echases menos, sino que recurrieses aquí por ellos como á un común fondo, creí que nada debía omitir de cuanto tenía que prevenirte. Y daré á Dios muchas gracias si veo que no me he engañado en la opinión y esperanza que de ti tengo. Porque vemos que la mayor parte de los hombres, así como en los manjares gustan más de los que son más sabrosos, que no de los que son más saludables, así también de entre los amigos tratan más con los que los llevan al mal, que no con los que los amonestan y aconsejan. Pero yo creo que contigo sucederá muy al revés; lo que colijo de la afición que has mostrado al trabajo en los demás ramos de tu educación. Porque es muy regular que quien de suyo se ha propuesto siempre lo mejor, estime á aquellos que le exhorten á la virtud. Pero con más ardor te excitarás á obrar bien y noblemente, si advirtieres que son los más

generosos y nobles los placeres que de ello nos resultan. Porque los que se divierten y entregan al regalo perciben ya el deleite mezclado con dolor; mas los que trabajan por alcanzar la virtud, y ordenan sabiamente su vida, gustan un deleite mucho más puro y duradero; que allí, aunque al principio hay algún gusto, después todo es amargura; cuando aquí desaparece luego el trabajo y quedan el deleite y el regalo. Y en todas las cosas no dura tanto la memoria del principio como la del gusto ó disgusto que causan en el fin. Porque las más de las obras en que entendemos en la vida, no las emprendemos por ellas mismas, sino por aquello que á ellas se ha de seguir. Reflexiona también que á los hombres vulgares cualquiera cosa les está bien (porque ésta es la especie de vida que desde luego se proponen); pero que los nobles ó principales, ó no han de abandonar la virtud, ó han de tener infinitos que los censuren y reprendan. Porque todos aborrecen, no tanto á los que delinquen como á aquéllos que, queriendo ser tenidos por virtuosos, en nada se distinguen del común de los hombres: y con razón; pues si abominamos de los que mienten sólo de palabra, ¿cómo no tendremos con más motivo por abominables á los que no se portan en toda su vida como quien son? Y así podremos decir que los tales no sólo pecan contra sí mismos, sino que hacen también traición á la fortuna; pues habiéndoles ésta puesto en las manos hacienda, honra y amigos, se muestran indignos de tanta felicidad. Y si puede un mortal ponerse á investigar los decretos de los dioses, creo que éstos han dado á entender, con los suyos mismos principalmente, de cuán distinto modo miran á los malos que á los buenos. Porque Júpiter, siendo padre de Hércules y de Tántalo (como lo aseguran las fábulas y todos creen), al uno por su virtud le hizo inmortal, y al otro por su maldad le atormentó con gravísimos suplicios. Conviene, pues, teniendo presentes estos ejemplos, anhelar por la virtud, y no contentándose con estas admoniciones, aprender los mejores preceptos de los poetas, y leer cuanto de útil y provechoso han escrito los demás sabios. Pues así como vemos que las abejas, asentándose sobre todas las flores, de cada una sacan lo que hallan útil en ella, así también conviene que los que apetecen ser bien educados nada dejen por registrar; porque, aun con todo este cuidado, apenas podremos vencer la mala inclinación de nuestra naturaleza.

CARTA DE ISÓCRATES A FILIPO

Aunque hay peligro en remitir cartas á Macedonia, no digo yo ahora que estamos en guerra unos con otros, sino aun en tiempo de paz, sin embargo me he resuelto á escribiros en favor de Diodoto, teniendo por muy puesto en razón hacer el mayor aprecio de cuantos conmigo tratan y se han mostrado dignos de mi cuidado; mayormente de éste, ya por su inclinación hacia nosotros, y ya también por sus costumbres arregladas. Así, que hubiera tenido mucho gusto en que por mí os hubiera sido recomendado; mas ya que otros os lo han dado á conocer, no me resta á mí otra cosa que abonárosle, y confirmar las noticias que de él os tienen dadas.

Porque con haber sido muchos y muy varios los que á mi escuela han concurrido, célebres todos y de ilustre nombre, de los cuales cada uno sobresalía en alguna dote particular, unos en la elocuencia, otros en la prudencia y tino para los negocios, y otros en el tenor de vida y dulzura de trato, pero de modo que para otras acciones y otros ejercicios eran enteramente inútiles, éste salió de tan acomodado ingenio, que en todas las cosas dichas era consumado: lo que de ninguna suerte me atrevería á decir, si no tuviera yo de ello la mayor seguridad, ó no esperara que vos mismo la habíais de adquirir también, parte por el trato familiar con él, y parte por los informes de todos los que le conocen.

Entre los cuales no se hallará ninguno, á no estar tocado de la envidia, que no confiese haber en él no menor disposición que en cualquiera otro para decir y deliberar con acierto, y que es justísimo y modestísimo y moderadísimo en cuanto á las riquezas, y en su trato el más afable y atento de todos los humanos; y que, además de esto, es sumamente franco y libre, no con aquella franqueza que no conviene, sino con la que justamente es tenuta por la más cierta señal de un entrañable amor á sus amigos, la cual es, como útil y provechosa, tenuta en precio y estimación por aquellos potentados que tienen una elevación de espíritu igual á su fortuna, así como, por el con-

trario, los de ánimos más abatidos que lo que á su poder convenía, la vituperan y reprenden, porque los precisa á hacer cosas á que no son inclinados; sin advertir que los que se atreven á contradecir sobre lo que es útil y conveniente, éstos son los que les dan más facultad para obrar como les parezca.

Porque es regular que los que siempre hablan á gusto de los otros, no sean de provecho para el aumento de las monarquías, que traen consigo muchos é indispensables peligros, y ni aun para las repúblicas, en que parece que hay mayor seguridad. Y los que para el bien son libres y francos deben conservar muchas cosas, aun de las que parece que habían de perecer; y por lo mismo, con todos los monarcas deberían tener más lugar los que con valor dicen la verdad, que no los que les hablan siempre con la mira de agradarles, sin decir jamás nada que merezca ser agradecido.

Pero sucede que aquéllos tienen menos estimación para con los más de estos potentados, que es lo mismo que á Diodoto le ha acaecido con todos los del Asia; pues habiéndoles sido sumamente útil, no sólo con sus consejos, sino aun en la administración de los negocios, y hasta en la misma guerra, sin embargo, por su franqueza en aquello mismo que les traía cuenta, vino por fin á decaer, tanto de los honores de que en su patria había gozado, como de todas sus esperanzas, habiendo valido más las adulaciones de unos hombres serviles que sus buenas obras.

Y así, no obstante estar resuelto á pasar á vuestra corte, estaba ya tímido, no porque creyese que todos los que tienen una misma autoridad han de ser ya semejantes, sino que en fuerza de los malos tratamientos de aquéllos, no le hacían ya tanta impresión las esperanzas que le habíais hecho concebir; en lo que á mi parecer ha hecho como algunos navegantes, que habiendo padecido al principio algunas borrascas, no entran ya nunca confiados en la mar, por más que sepan que las más de las veces se logra una feliz navegación.

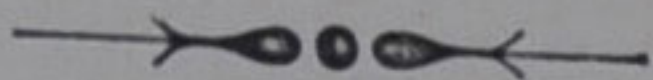
Mas ya que os ha sido recomendado, tengo para mí que le ha de salir bien. Y si tal creo es, ya por pensar en vuestra humanidad, tan celebrada de los extraños, y ya también por estar persuadido de que no se os oculta no haber cosa más deliciosa ni de mayor provecho que granjearse, con beneficios, fieles y al mismo tiempo útiles amigos, y hacer bien á unos

hombres por los que después muchos os han de estar á vos agradecidos. Porque todos los prudentes alaban á los que á los hombres hábiles se acercan, del mismo modo que si en utilidad de ellos redundase, Mas, aun por sí mismo, pienso que Diodoto os ha de inclinar á que miréis por él con el mayor esmero.

Juntamente aconsejé también á su hijo, que quisiese tomar parte en vuestras cosas, y entregárseos como discípulo, á ver qué es lo que para lo sucesivo puede adelantar. Y cuando yo esto dije, respondiome al punto que apetecía vuestra amistad, pero que le sucedía en cuanto á ella lo mismo que en cuanto á los coronados juegos y certámenes; porque también en éstos deseaba ser vencedor, mas no se atrevía á presentarse en ellos por no tener todavía el valor necesario para llevarse la corona; y que del mismo modo codiciaba con ansia participar de los honores que quisierais dispensarle, pero no podía esperarlos en manera alguna, pues que se lo estorbaban tanto su insuficiencia como vuestro esplendor y majestad. A lo que se agregaba tener un cuerpezuelo no muy airoso y con algún defecto, lo que creía podría servirle de estorbo en bastantes ocasiones. Así, que lo que mejor le parezca que ha de estarle, eso será sin duda lo que él haga.

Mas vos, ora tome parte en vuestras cosas, ora viva tranquilo y sosegado en ese país, tened cuidado de todo cuanto pueda hacerle falta, y, sobre todo, de la seguridad, tanto suya como de su padre, teniendo por cierto que son como una prenda de mi vejez, la que con razón merece bastante respeto; de mi fama, si es que ella es acreedora á algún cuidado, y de aquella inclinación que yo por toda mi vida os he tenido.

Y no extrañéis ni el que os haya escrito una carta muy larga, ni el que en ella os haya hablado con demasiado empeño y á lo viejo, porque ya, dando de mano á todo lo demás, de una sola cosa cuido, que es de mostrarme sumamente solícito por el bien de aquellos amigos que entrañablemente amo.

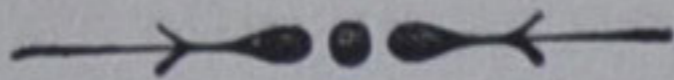


¿Cuál puede ser el color
Que al sexo hermoso embellece?
Aquél que en su faz ofrece
Las matices del pudor.

DIÓGENES Y LA RATA

POR DREUX DE RADIER

En medio de su sobria
Y ya usual comida,
En que la blonda Ceres
El mayor gasto hacía,
Diógenes se daba
A examinar su vida.
¿Qué placeres los suyos?
Mirarse noche y día
En un tonel, vivienda
No cómoda y magnífica.
Comer pan, y no tierno,
Ser agua su bebida.
¡A fe que cualquier suerte
Junto á la suya, digna
De ser era envidiada!
Así, pues, discurría,
Sumido en taciturna
Tristeza. Allí á su vista
Ofrecióse una rata.
El hambre tanto hostiga,
Que cual manjar gustoso,
Corrió á un mendrugo lista,
Humildes restos sólo
De su frugal comida.
—¡Altos dioses! ¿Qué veo?
Injusto es que me aflija,
—Exclamó.—¡Mesa franca!
¡Y en mi casa, á fe mía,
Parásitos! ¿No soy
Para ti, cara amiga,
Mi huésped, hoy un rey
Que de otro hace la dicha?



DIOGENES Y EL NUEVO FILÓSOFO

POR KRUMMACHER

Una mañana, del tonel famoso
 Diógenes salía,
 Cuando vió con sorpresa que tenía
 Un vecino. Era un joven primoroso
 En su porte, y á más de noble cuna,
 Que no más seducido
 Por la fama de aquél como ninguna,
 Acudió á compartirla, y en su modo
 De vivir, pareciendo igual en todo,
 A ser no menos sabio decidido.
 Un tonel en la noche rodar pudo
 Al lado del que el cínico ocupaba.
 Este, allí le encontraba
 Mirando hacia Corinto. No sañudo,
 En él juzgó un rival, y así le dijo:
 —¡ Bien! ¡ me agrada, á fe mía!
 Advierto con placer que halló otro hijo
 La ciencia del saber, la ciencia mía.
 Un discípulo veo
 Que no indigno es de mí; pero deseo
 Si mi adopción obtienes,
 Que antes triunfes sobre ti en conciencia.
 Entrégame tus bienes,
 Por que yo los reparta á la indigencia.
 —¡ Mis bienes! —exclamó, nada sumiso
 Y con horror, el joven necio y vano.—
 Dispénsame: en mi casa
 Un objeto olvidé que me es preciso.
 Y en confusión no escasa,
 Para no volver más, dejó al anciano.
 —¡ Extraña humanidad! —con ironía
 El filósofo dijo:—¿ Cuál pudiera
 Parecerme sincero,
 Si á sí mismo se engaña? ¡ Quién creería
 Que la apariencia al hombre tal seduce!
 ¡ Para ser todo un sabio, de este modo
 Un tonel á mi lado audaz conduce,
 Porque se piensa que el tonel es todo!

ANÉCDOTAS GRIEGAS

Iba Diógenes mendigando dinero según la costumbre de muchos viejos filósofos que no querían molestarse en ganarlo é insistía más y más en sus pretensiones cerca de un joven pródigo que cerca de otros. Uno que lo observó, díjole :

—Estáis abusando de la generosidad de un hombre dadivoso.

—No—replicó Diógenes,—ya procuraré otra vez mendigar también á los demás.

Al decir á Agesilao que había un hombre que sabía imitar al rruiseñor á la perfección, contestó :

—¿Y qué? yo he oído al propio rruiseñor.

Un día, el representante de un Estado insignificante dirigióse á Temístocles en tono asaz altanero.

—Amigo mío—dijo éste :—vuestras palabras necesitarían todo un Estado para justificarlas.

Habiendo Esquines echado en cara á Demóstenes que sus discursos olían á linterna, el último contestó :

—Es cierto ; hay una gran diferencia entre lo que tú haces y lo que yo hago á la luz de la linterna.

El rey Darío de Persia hizo grandes ofrecimientos á Alejandro el Grande, después de la batalla de Issus, si quería retirarse de aquella nación. Uno de sus generales, Parmenio, dijo :

—Si yo fuese Alejandro, los aceptaría.

Entonces, Alejandro replicó :

—Yo también, si fuese Parmenio.

Filipo, su padre, quiso que tomase parte en las carreras á pie, que se celebraban en los Juegos Olímpicos. Alejandro contestó que tomaría parte de buen grado, si sus competidores fuesen reyes.

Aconsejaron á Filipo de Macedonia que desterrase á un noble, porque había hablado mal de él.

Filipo replicó :

—Vale más que hable en donde se nos conoce á ambos, que donde no seamos conocidos ninguno de los dos.

Durante la vista del proceso de cierto acusado, Filipo se dormía por haber bebido con exceso ; y, al fin, le condenó á muerte.

Entonces, el reo dijo :

—¡ Apelo !

Filipo, levantándose como movido por un resorte, preguntó :

—¿ A quién ?

El reo contestó :

—De Filipo ebrio á Filipo sobrio.

Después de la batalla de Queronea envió cartas á Arquídamo, rey de Esparta, relatándole sus triunfos. Contestóle Arquídamo que si hubiese medido su sombra, no la hallaría más larga que antes.

Una vez contendía acaloradamente con un músico sobre un punto técnico.

—Señor—dijo éste :—pluguiese á Dios que no hubieráis tenido la mala fortuna de aprender estas cosas mejor que yo.

En otra ocasión se negó á admitir la solicitud de una vieja, porque no tenía tiempo.

A lo que ella replicó :

—Entonces, renunciad á ser rey.

Cuando Creso, rey de Lidia, enseñó sus tesoros á Solón, dijo éste :

—Si alguno que tenga mejor hierro que vos, os ataca, todo este oro pasará á sus manos.

Más tarde, Creso fué vencido por Ciro.

En un festín, al cual fueron invitados los *Siete Sabios de Grecia* por el embajador de un rey bárbaro, díjoles éste que un rey de una nación vecina había amenazado á su amo con la guerra si no aceptaba condiciones en extremo onerosas.

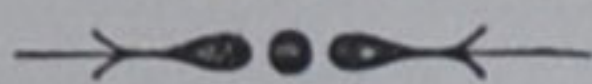
La más difícil era que tenía que beberse el mar.

Entonces, uno de los sabios, dijo :

—¡ Que admita esta condición !

—¿ Cómo?—preguntó asombrado el embajador.

—¡ Oíd!—exclamó el sabio griego ;—que el otro rey cierre antes todos los ríos que desembocan en el mar, y como esta cláusula no consta en la condicin, vuestro rey podrá cumplirla.



DE LA CORONA

POR DEMÓSTENES

DEMÓSTENES.—Nació en 385 antes de Cristo, murió 322 años antes de Cristo.—Gran orador ateniense. El más famoso de sus discursos es el titulado *De la Corona*. Un senador llamado Ctesifon propuso al Senado un decreto para que el pueblo diese á Demóstenes por sus grandes servicios hechos al Estado, una corona de oro. Esquines presentó entonces un pedimento contra Ctesifon por haber faltado á la ley que prohibía coronar á un funcionario público antes de que hubiera dado cuenta de su cargo. Demóstenes habló en defensa propia y el resultado fué tener Esquines que expatriarse á la isla de Rodas. Entre los demás discursos famosos de Demóstenes se citan : las *Filípicas*, oraciones contra el rey Filipo de Macedonia ; el de la *Embajada mal desempeñada*; las *Olintiacas*, á favor de los de Olinto ; contra *Midías*, etc.

Creo que nuestra República tiene un feliz destino : Júpiter en Dodona y Apolo en Delfos nos lo han asegurado por medio de sus oráculos. Pero la suerte que ahora pesa sobre todos los pueblos es triste y penosa. ¿Cuál es el griego ó el bárbaro de nuestro tiempo que no ha experimentado los golpes del infortunio? Sin embargo, haber adoptado el partido más honroso y verse en una situación más favorable que la de esos mismos helenos que esperaban su dicha de nuestra ruina, son cosas en las cuales reconozco la buena fortuna de Atenas. Si hemos corrido riesgos y si todo no ha sucedido con arreglo á nuestros deseos, es porque participamos de la suerte de los demás hombres, porque teníamos que pagar nuestro contingente en el común infortunio. En cuanto á mi suerte particular y á la de cualquiera de vosotros, debe buscarse en lo que se refiere únicamente á nuestra persona. Tal es el camino más corto y fácil. Esquines afirma que mi suerte somete á su influencia la suerte del Estado ; ó lo que es lo mismo, que mi destino, humilde y obscuro, prevalece sobre el alto y glorioso des-

tino de la patria. ¿Es esto posible? ¿Te empeñas, Esquines, en estudiar mi suerte? Pues compárala con la tuya, y si la encuentras preferible, no vuelvas á despreciarla. Remontémonos á nuestro origen; pero antes quiero protestar ¡por Júpiter y por todos los Inmortales! que repugna á mi corazón y á mi carácter lo que voy á decir. Reconozco que no es digno ni generoso salpicar de lodo la cara del pobre, ni vanagloriarse de haber nacido en el seno de la opulencia. Si los insultos y las calumnias de ese malvado me obligan á semejantes discursos, conservaré al menos en ellos toda la moderación que el asunto consienta.

Siendo niño, tuve la fortuna de frecuentar las mejores escuelas y de poseer bastantes recursos para que nada me obligase á envilecerme. Ya hombre, mi conducta correspondió á mi educación: fuí corega y trierarca, contribuí á los gastos de Atenas, jamás me libré de ejercer un acto de liberalidad público ó privado, y serví á la patria y á mis amigos. Dedicado á los negocios del gobierno, merecí que se me concedieran muchas coronas, por la República y por la Grecia, sin que mis enemigos intentasen oponerse. Tal ha sido mi vida. Y tú, personaje ilustre, que anonadas á los demás con tu desdén, ¿qué vida has tenido? Criado en la miseria, serviste primero con tu padre en casa de un maestro de escuela donde hacías la tinta, barrías la clase y con la esponja en la mano lavabas los bancos: servicios todos de esclavo y no de hombre libre. En tu juventud ayudabas á tu madre en sus operaciones mágicas, leyendo el libro de los misterios mientras ella los explicaba. Por la noche cubrías con una piel de cervato á los afortunados adeptos; los rociabas con vino, y para purificarlos, los frotabas con salvado y con cieno; después de la ceremonia les mandabas decir: *He dejado el mal y he encontrado el bien*. Te vanagloriabas de aullar mejor que nadie, lo que no te niego, porque con una voz tan fuerte se debe sobresalir en el estrépito de los aullidos. Durante el día conducías por las calles una brillante tropa de visionarios coronados con tallos de hinojo y de álamo, y empuñando unas culebras y agitándolas sobre tu cabeza gritabas: ¡*Evoe Saboe!* ó bien bailabas cantando al mismo tiempo ¡*Hyes Attes!* ¡*Attes Hyes!* Saludado por algunas viejas burlonas con los títulos de príncipe, de general, de porta-yedras y de porta-cribas, y con otros nombres magníficos, cobrabas tus honorarios en empanadas, tortas y panes cocidos. ¿Quién, pues, no ensalzará tu buena suerte? ¿Quién no envidiará tu estrella? Apenas te inscri-



Demóstenes.

biste en una tribu—no diré cómo ; es mejor olvidarlo,—escogiste la ocupación más honrosa, haciéndote copista y sirviente de los magistrados inferiores. Dejaste este oficio después de haber hecho en él todo lo que achacas á los demás. Este brillante principio no fué obscurecido por el resto de tu vida, pues entraste á la dependencia de histriones famosos, tales como los Similos y los Sócrates llamados los *Suspiradores*. Desempeñabas los terceros papeles y merodeabas por los campos recogiendo higos, uvas y aceitunas, como si fuese tuya la recolección. En estas raterías recibiste más golpes aún que en la escena, donde tus camaradas y tú exponíais vuestra vida. Los espectadores os hacían una guerra implacable. Tantas gloriosas heridas, bien te han dado el derecho de acusar de cobardía á los que no han conocido esos peligros.

Pasemos adelante, porque esos vicios se pueden atribuir á la pobreza, y lleguemos á los crímenes cuyo origen está en tu corazón. Desde que comenzaste á representar el papel de hombre de Estado, tu conducta política fué tal que en las prosperidades de la patria has pasado la vida como una liebre : siempre trémulo, muerto de miedo y esperando á todas horas el suplicio debido á las traiciones de que te acusaba tu conciencia ; y cuando tus compatriotas sufrían el peso del infortunio, te mostrabas atrevido, desafiando á todas las miradas. Pero el que prospera y goza con la muerte del mil ciudadanos, ¿qué castigo no merece de parte de los vivos? Lejos de presentar al acaso todas tus ignominias, me ocuparé sólo de aquéllas que no manchen mis labios. Compara, Esquines, tu vida á la mía con calma, y pregunta á todos los ciudadanos cuál les parece preferible : enseñabas las primeras letras, yo tenía maestros ; servías para explicar los misterios, yo estaba iniciado en ellos ; eras bailarín, yo corega ; escribiente, yo orador ; historiador subalterno, yo espectador ; caías en la escena, yo silbaba. Cuando eras gobernante, favorecías á los enemigos, y yo trabajaba por la patria, y, para abreviar el paralelo, hoy mismo que quieres disputarme una corona, somos juzgados, yo irreprochable y tú calumniador. ¡ Ya lo ves, Esquines : esta brillante fortuna compañera de tu vida, te permite acusar mi miserable suerte ! Voy á presentar todos los documentos que atestiguan los cargos públicos que he desempeñado. En venganza, léenos aquellas tiradas de versos, maltratados por ti, que empiezan :

«*De la noche abandono los abismos...*»

O bien aquéllos otros :

«A pesar mío, anuncio los desastres,»

O aquéllos :

«¡ Maldición sobre ti, malvado !... »

¡ Que los dioses, que nuestros jueces te exterminen, infame ciudadano, cómico de la legua ! Léanse los testimonios.—(*Lectura de los testimonios.*)

Mira lo que he sido para mi patria : en las relaciones privadas cuán dulce, cuán humano, cuán caritativo ha sido mi carácter ; no diré ni una sola palabra en mi abono, ni presentaré declaración de testigos para probaros los cautivos que he rescatado, las huérfanas que he dotado y las demás acciones de esta índole. Porque un favor debe estar siempre presente en la memoria del que lo recibe, y quedar prontamente olvidado en la memoria del que lo hace, si aquél quiere ser agradecido y éste generoso. Pregonar los beneficios que se dispensan, es casi echarlos en cara, y yo jamás haré eso. Cualquiera que sea la opinión que de mí se forme sobre este particular, descanso tranquilo en mi conciencia.

Dejemos los asuntos personales para hablaros todavía acerca de los asuntos públicos. Si puedes, Esquines, mostrar bajo el cielo un solo mortal, heleno ó bárbaro, á quien no haya alcanzado el poder de Filipo ó de Alejandro, te concedo que mi adversa fortuna ha ocasionado todos los males de la Grecia. Pero si millares de hombres que jamás me han visto ni oído ; si ciudades y naciones enteras han experimentado tantas desgracias horribles, ¿ cuánto más justo y más verdadero no será atribuir las á un destino común que al desbordamiento de una suerte funesta ? ¡ Buen cuidado has tenido de callar esto ! Fundas también tu acusación en que yo había tomado parte en el gobierno. Y no ignoras que tus invectivas se dirigen contra todos los atenienses y, principalmente, contra ti mismo. Si mi voluntad hubiese dirigido por sí sola los asuntos, podrías en unión de todos los oradores, levantarte contra mí. Pero si mis enemigos asistían á todas las asambleas ; si los intereses del Estado eran sometidos á deliberaciones públicas ; si mis planes fueron aprobados por todos y particularmente por ti, que me cedías las esperanzas, la gloria y los honores como recompensa de mi conducta, no por afecto que me profesases, sino por el ascendiente de la verdad y por la imposibilidad de dar

mejores consejos, ¿qué fundamento tiene, pues, tu injusticia de condenar hoy mis palabras, cuando entonces no tenías nada mejor que proponer?

Es principio establecido en todas las naciones que el mal cometido deliberadamente se castigue con penas rigurosas é inflexibles y que para toda falta involuntaria se tenga indulgencia y moderación. ¿Hay un ciudadano que, sin prevaricar y después de haberse consagrado á empresas que todos aprobaban, sucumbe en la ruina común? No le dirigáis injurias ni recriminaciones; participad más bien de su pesar. Estas máximas no están solamente en las leyes: la naturaleza las ha grabado en el corazón del hombre con caracteres indelebles. Esquines, sin embargo, traspasa todos los límites en sus delaciones atroces. Lo que él mismo ha llamado «revés de la fortuna», me lo atribuye como un delito; dando á sus palabras acento de candor y de patriotismo, os induce á la desconfianza, teme que os engañe y os seduzca; me llama, por fin, orador peligroso, fascinador y sofista; ¡como si atribuyendo á otro sus propias cualidades se las pudiese prestar! ¡como si los oyentes no conociesen los labios de donde parte la afrenta! Pero sé que conocéis á Esquines y que todos le consideráis más merecedor que yo de sus injurias. Sé también que la elocuencia que me supone depende, sobre todo, del auditorio, y que el orador acogido y más favorablemente escuchado, pasa siempre por el más hábil; pero sea de esto lo que quiera, mi experiencia en el arte de la palabra se empleó siempre por vosotros en los asuntos públicos y jamás contra vosotros ni aun en las causas privadas. La suya, vendida al enemigo, se desencadenaba contra todo particular que le resistía, sin emplearla nunca en pro de la justicia y del bien público. ¿Debe un buen ciudadano pedir á sus jueces reunidos para tratar de los intereses generales, que se presten á servir su ira, su odio y sus pasiones? ¿Debe traer tales sentimientos ante vosotros? ¡No! Su corazón los desechará ó sabrá al menos moderarlos. ¿Cuándo el orador y el hombre de Estado podrán abandonarse á los impulsos de su vehemencia? Cuando algún peligro amenace á la patria, cuando el pueblo tenga alguna guerra que sostener. Entonces es cuando se encendería el celo de los buenos ciudadanos. Pero no haberme perseguido nunca en su nombre ni en nombre de Atenas por ningún atentado ni delito, y venir hoy armado de una acusación contra una corona y contra algunos elogios, y agotar en ella todos los recur-

sos de su elocuencia, es dar á conocer el odio y la envidia de un corazón vil y corrompido. Caer primero sobre Ctesifonte y dirigir después las armas contra mí, es acumular todas las bajezas. Vista la vehemencia de tus acusaciones, podría creerse que habías emprendido esta acusación, no para pedir el castigo de un culpable, sino para hacer alarde de pulmones desarrollados. Y no es la belleza del lenguaje ni el estrépito de la voz lo que se estima en los oradores, sino su amor á la justicia y su deseo de obrar siempre conforme á los intereses de la patria. Con estos sentimientos las palabras serán siempre sinceras y leales. El que se inclina servilmente hacia el punto donde la República oye el bramido de las tempestades, no se asegura en la misma áncora que sus conciudadanos, ni espera la salvación del mismo lado que ellos. ¿No miras en mí todo lo contrario? Nunca tuve más interés que el interés de todos, sacrificando siempre al bien común toda mira personal. ¿Y podrás decir otro tanto, tú que inmediatamente después de la batalla fuiste de embajador cerca de Filipo, antes de las desgracias de tu patria? Todos saben que antes habías rehusado siempre este cargo. Pero, ¿quién es el que engaña á la República? ¿No es el ciudadano que habla de distinta manera que piensa? ¿No recaen sobre él las justas imprecaciones del heraldo? ¿Puede vituperarse á un orador algo más grave que el hablar contra sus propios sentimientos? Pues éste es el crimen que se ha descubierto en ti. ¡Y aun tienes ánimo para hablar! ¡Y aun te atreves á mirar á los ciudadanos! ¿Crees que no te conocen ó que el sueño del olvido ha borrado el recuerdo de los discursos que pronunciaste durante la guerra, cuando protestabas con imprecaciones y juramentos que no tenías ninguna inteligencia con Filipo, atribuyendo á odio personal las acusaciones que yo te dirigía? Todos recuerdan que al llegar la noticia de la derrota, olvidaste cuantas seguridades habías dado, y te proclamaste el huésped y el amigo de Filipo, disfrazando con estos hermosos nombres tu infame tráfico. Y en efecto, ¿qué título legítimo pudo tener Esquines, el hijo de Glaucotea, la tocadora de tímpano, para ser huésped y amigo ó solamente conocido del monarca macedonio? No le conozco ninguno, y sólo veo que estaba á su servicio para perder á Atenas. Tu traición era manifiesta: después del desastre fuiste tu propio denunciador, tú que me ultrajas y me atribuyes unas desgracias de las cuales no encontrarás á nadie que sea menos culpable que yo.

La República ha emprendido y ejecutado grandes cosas por mi consejo, y voy á presentarte la prueba de que no ha olvidado mis servicios. Cuando después de la derrota fué necesario elegir el orador que en un panegírico debía tributar los últimos honores á los mártires de la patria, no fuiste tú el elegido, á pesar de tu voz sonora y de tus intrigas, ni Démades que acaba de conseguirnos la paz, ni Egenón ni ningún otro de tus amigos: esta honra me fué concedida. Entonces se os vió á Pitocles y á ti vomitar contra mí, poseídos de tanto furor como impudencia, las mismas invectivas que acabas de reproducir, lo cual fué un motivo más para que los atenienses insistiesen en su elección. Las principales causas que tuvieron para hacerlo, voy á manifestártelas, aunque no las ignoras. Ellos conocían mi constante amor á la patria, así como todos los crímenes con que la habéis ofendido: sabían que nuestros reveses aseguraban vuestra impunidad, y que si vuestros sentimientos antipatrióticos no se manifestaron hasta que arreció la tormenta, esto era una prueba de que en todas épocas habíais sido enemigos encubiertos de la República. ¿Cómo confiar el panegírico de aquellas víctimas heroicas á los que se habían visto mezclados con los vencedores, participando del placer insultante de sus festines y alegrándose de nuestras desgracias? ¿Era digno que una lengua falaz pronunciase las alabanzas y deplorase el infortunio de tan ilustres muertos? Para esto era indispensable, no quejas y lágrimas fingidas, sino un alma penetrada del público sentimiento. Este dolor lo encontraban los atenienses en su corazón y en el mío, pero no en el vuestro, y por esta causa me prefirieron para un cargo tan honroso. Pero no sólo ellos, sino que también los padres y los hermanos encargados de las exequias obraron del mismo modo. La comida fúnebre que se da ordinariamente en la casa de cualquiera de los más próximos parientes, la dieron en mi casa. No se engañaron al hacerlo así, porque si ellos estaban ligados á los muertos por los vínculos de la sangre, como ciudadano nadie lo estaba tanto como yo. Sí: los más interesados en su conservación y en su triunfo debían ser, después de su desgracia, para siempre irreparable, los que mayor parte tomasen en el luto general.

Leed á ese hombre la inscripción que Atenas grabó sobre la tumba de sus mártires y reconocerá su injusticia, sus calumnias y su infamia.—(*Lectura de la inscripción.*)

¿Lo oyes? Sólo pertenece á los dioses el no equivocarse nun-

ca, y sólo ellos disponen de la fortuna. ¿Es á un orador á quien esos versos hacen árbitro de la victoria? No : ese poder lo atribuyen á los inmortales. ¿Por qué, pues, miserable, me diriges tantas imprecaciones? ¡Permita el cielo que todas caigan sobre ti y los tuyos! En medio de tantas acusaciones calumniosas, una circunstancia, ¡oh, atenienses! me ha sorprendido más que todo. Al recordar nuestras desgracias, Esquines no se condolía como corresponde á un buen ciudadano; ¡ni una lágrima había en sus ojos! ¡ni un acento de dolor en sus labios! Alzando su voz estruendosa, se alegraba y creía acusarme sin ver que se acusaba á sí mismo al mostrar que no participaba del infortunio común como nosotros. Sin embargo, á cualquiera que se alabase como él de amar las leyes y la democracia, le convendría mostrarse interesado en las ventajas y en las desgracias del pueblo, en vez de colocarse deslealmente, bajo las banderas del enemigo. Esto hacías, Esquines, cuando me imputabas el desastre sufrido por la Grecia y las desventuras de Atenas. No fueron mis consejos la causa que os llevó desde el principio á defender la independencia griega. Si me atribuíis el honor de todo lo que habéis realizado para reprimir un poder que se levantaba contra los helenos, me habréis concedido más que el pueblo ha concedido hasta ahora. Atribuirme semejante honra sería inferiros una injuria, y si ese hombre fuese justo, tampoco buscaría en el odio que me profesa un pretexto para calumniar vuestra gloria.

Mas, ¿á qué me detengo en esto? ¿No tendré que rechazar mentiras aún más escandalosas? El que me ha acusado, ¡oh, cielos! de inteligencia con Filipo, ¿qué no será capaz de decir? Pongo por testigo á Hércules y á todos los mortales de que si, dejando aparte las imputaciones del odio y la calumnia, se investigasen de buena fe los culpables sobre cuyas frentes debe recaer la responsabilidad de nuestras calamidades, se encontraría que son los Esquines de cada ciudad y de ningún modo los Demóstenes. Cuando el poder de Filipo era aún débil prodigamos á la Grecia advertencias, exhortaciones y consejos de prudencia, mientras que ellos, excitados por una sórdida rapacidad, vendían los intereses públicos, procurando seducir y corromper á los ciudadanos, hasta dejarlos reducidos á la servidumbre. En Tesalia estaban Dacco, Cineas y Trasideo; en Arcadia, Cercidas, Hierónimos y Eucampidas; entre los argivos, Mirtos, Menaseas y Teledamos; en Elis, Euxiteo, Aristamo y Cleatimo; en Mesena, la raza

del impío Filiades, Neón y Trasileo ; en Siciona, Aristrato y Epicares ; en Corinto, Dinarco y Demarato ; en Megara, Peteodoro, Helixos y Perilao ; en Tebas, Timolao, Teogitón y Anemetas, y en la Eubea, Hiparco, Clitarco y Sosistrato. Ni en un día terminaría la enumeración de todos los traidores. Esos son, ¡ oh, atenienses ! los hombres que, en sus ciudades, seguían la misma conducta que éstos entre vosotros. Almas de cieno, viles aduladores, furias de su patria, á la cual han procurado mutilar horribilmente, vendiendo la libertad, entre brindis y libaciones, á Filipo y Alejandro sucesivamente, y, haciendo consistir su felicidad en sus liviandades y en sus infamias, han destruido aquella independencia, aquella satisfacción de no sufrir el yugo de ningún amo : noble y supremo orgullo de nuestros mayores.

Entre las conspiraciones que tanto se repitieron, en medio de las pujas en que se fijaba precio á la libertad griega, el mundo, gracias á mis consejos, ha visto la inocencia de Atenas, y los atenienses la de Demóstenes. ¿ Y te atreves aún á preguntar por qué virtudes creo merecer una recompensa ? Pues voy á decírtelo. He resistido los halagos, las seducciones y las más brillantes promesas cuando en las ciudades griegas todos los oradores, empezando por ti, se vendían á Filipo y después á Alejandro ; he desechado la esperanza, los temores y el favor, y he defendido los intereses y los derechos de mi patria ; he dado siempre á mis conciudadanos consejos saludables sin permitir que la balanza de mi voluntad se inclinase por el oro ; he manifestado en todos mis actos un alma recta é incorruptible ; he dirigido los más grandes asuntos de mi siglo con prudencia, con justicia, con sinceridad ; ¡ he aquí mis títulos para merecer una corona ! En cuanto á la reparación de los muros y de los fosos que ridiculizas con tus sarcasmos, la creo digna de reconocimiento y de elogio, ¿ por qué no ? pero la coloco muy por bajo de mis otros servicios. No : no es únicamente con piedras y ladrillos con lo que he fortificado á Atenas. Dirige una mirada imparcial sobre mis verdaderas fortificaciones y encontrarás armas, reductos, plazas, puertos, naves, tropas de caballería y un ejército leal y valeroso. Mira las fortalezas de que he aprovisionado, no solamente en las cercanías de la ciudad y del Pireo, sino en toda el Atica. Yo no he sido vencido por la política y las armas de Filipo, y más bien que esto debe decirse que los generales y los soldados de nuestros aliados sucumbieron á la adversidad de la Fortuna.

¿Cuál debía ser la obra de un buen ciudadano que deseara trabajar por su patria con todo el celo, con todo el acierto y previsión posibles? ¿No debía asegurar el Atica, en el litoral por la parte de la Eubea, en tierra por la frontera de Beocia, y hasta el Peloponeso por los pueblos limítrofes? ¿No debía buscar para el transporte de granos hasta el Pireo un camino seguro á través de las comarcas amigas? ¿No debía defender lo que poseíamos, el Proconeso, el Quersoneso y Tenedos, y enviar socorros para conseguirlo, pronunciar discursos y redactar decretos? ¿No debía conciliarse la amistad y la alianza de Bizancio, de Abidos y de la Eubea? ¿No debía arrebatár al enemigo sus mayores fuerzas y suplir con ellas las que nos faltaban? Pues todo eso lo he conseguido con mis decretos y mi política. Sí: sometida á un examen imparcial, mi conducta no ofrece otra cosa que sabios proyectos ejecutados con integridad, atención para descubrir y aprovechar toda circunstancia favorable y para hacer cuanto es permitido á las facultades de un solo hombre. Si un genio fatal, si la impericia de nuestros generales, si la traición y si todas estas causas sumadas han ocasionado la ruina universal, ¿dónde se halla el crimen de Demóstenes? ¡ Ah! Si cada ciudad griega hubiese tenido un ciudadano que ocupara su puesto como yo ocupaba el mío entre vosotros; si un solo tesalio, si un solo arcadio hubiese pensado como yo pensaba, ningún heleno de ésta ni de la otra parte de las Termópilas sufriría al presente la tiranía extranjera. ¡ Libres con sus propias leyes, sin peligros, sin inquietudes, todos vivirían dichosos bajo el cielo de la patria y su reconocimiento hacia Atenas por tantos beneficios inestimables, sería obra mía! Para probaros que por temor de despertar la envidia empleo un lenguaje inferior á la importancia de los hechos, se van á dar á conocer los socorros enviados á consecuencia de mis proposiciones.—(*Lectura de los socorros.*)

He aquí, Esquines, lo que debe hacer todo hombre honrado y todo buen ciudadano. La victoria, ¡ oh, dioses inmortales! nos habría elevado á la cumbre de la grandeza, y después del desastre que hemos sufrido, nos queda, al menos, una reputación intacta. Nadie se queja de Atenas, nadie censura su política y sólo se acusa á la Fortuna de haberse mostrado adversa. Pero ¡ por Júpiter! el buen ciudadano no se aparta de los intereses del Estado, no se vende á los enemigos para servirles en vez de servir á la patria, no denigra al hombre cuyos discursos y decretos, dignos